

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA  
IMPRESIONES DE UN VIAJE A AMÉRICA

**TOMO I**

DESDE EL 6 DE ENERO AL 4 DE ABRIL DE 1870

**DE MADRID A PUERTO RICO**

Prólogo - Motivos de mi viaje - Mi salida de Madrid - El suelo natal - Accidentes de la navegación - El capitán del Canarias - Mi llegada a Puerto Rico - Saludo a América.

## PRÓLOGO

En estas impresiones de viaje no encontrarás, amigo lector, un detenido y fastidioso estudio de los países que conmigo vas a visitar, sino una relación sencilla y clara de todo cuanto ha llamado mi atención, así en monumentos geológicos y arqueológicos, como en paisajes, tipos, costumbres, productos naturales y artificiales, estado social del país, y algo de su fauna y su flora.

Vas, pues, a hacer en mi compañía un largo viaje de recreo, sin las molestias que yo he experimentado y sin los peligros que he corrido.

Llevándome por compañero de viaje, no encontrarás en mí el cicerone indigesto, que busca con el tecnicismo de sus explicaciones, para muchos ininteligibles, suplir la falta de verdadero interés o de amena variedad en el relato, sino el camarada franco y sencillo, que describe lo que ve o expresa lo que siente, sin frases ampulosas, aplicando a los objetos con preferencia los nombres vulgares que llevan en cada comarca, sin perjuicio de consignar en un apéndice, que formará parte del último tomo, una especie de vocabulario, en que consten los nombres científicos, la explicación de frases o palabras de uso especial en cada región, y donde se amplíen algunas ideas ligeramente apuntadas en el relato.

Al emprender mi viaje, formé desde luego el propósito de consignar en un apunte diario, no sólo mis impresiones, sino la imagen de los objetos descritos; pero tropezaba con una dificultad casi invencible: la de no ser yo pintor ni fotógrafo.

Llevar conmigo un dibujante no era fácil empresa, aun disponiendo de recursos para ello; porque sería preciso armonizar gustos y combinar voluntades, sobre todo cuando para satisfacer un deseo hay que poner en riesgo la vida.

No me quedaba más que un recurso, y era acudir a las reminiscencias de mi niñez en el colegio, donde mal o bien se reciben lecciones de dibujo, y copiar, aunque fuera con

muchas imperfecciones, los objetos, procurando que los apuntes pudiesen ser luego traducidos al lenguaje del arte por una persona entendida; y así lo hice.

Tal vez en mis descripciones y en mis dibujos habrá algo que parezca excesivamente minucioso y hasta pueril, a veces; pero hay que tener en cuenta que ciertos detalles, al parecer insignificantes, completan en ocasiones la idea general del conjunto, ya se trate de la fisonomía de un país, del carácter de un lugar determinado o del retrato de un individuo.

Uno de mis mayores deseos era el de visitar las tribus salvajes de las cuencas del Amazonas y del Orinoco, y lo satisface.

Al internarme en los bosques primitivos, donde muchos miles de seres humanos viven aún en el estado de la Naturaleza, conservando las mismas costumbres, esclavos de la misma ignorancia y llevando la misma miserable existencia que en la época del descubrimiento del Nuevo Mundo, quisiera yo haber tenido medios de estereotipar todas las plantas de sus selvas, todas las pintorescas orillas de sus ríos, todos los seres vivientes que animan aquellas soledades y todos los tipos de las diversas agrupaciones humanas, llamadas tribus, con sus viviendas, sus armas, sus adornos, sus creencias, sus costumbres y su lenguaje.

Del mismo modo, al llegar a una población más o menos civilizada, quisiera también haber podido copiar todos sus principales edificios, los tipos más característicos de sus diferentes clases sociales y cuanto pudiera explicar algo de su clima, su geografía y hasta de su historia; pero no siendo fácil la tarea, me he contentado con acompañar a la relación escrita de mi viaje cuanto me ha sido posible copiar, para dar más colorido a mis narraciones, sin prescindir de muchos objetos al parecer insignificantes. Con este fin he aprovechado, ya las fotografías que encontraba hechas o que mandaba hacer exprofeso, ya láminas o dibujos regalados por algún amigo, ya copias hechas por mí de los trabajos artísticos de la Expedición Corográfica dirigida por el general Codazzi, muchos de los cuales me facilitaron sus mismos autores; ya de objetos

conservados en el Museo o en colecciones particulares, y ya por último mis propios bosquejos, llenos de imperfecciones pero fácilmente traducibles.

No habiendo podido recorrer, como me había propuesto, en todas direcciones, el vasto territorio de la república de Colombia, mi patria adoptiva, y queriendo que mis lectores conozcan todas las principales maravillas que Dios ha derramado sobre aquel hermoso país, y la mano de sus antiguos pobladores (algunos completamente desconocidos) ha dejado como huella de su paso, inserto al fin de la obra, por vía de apéndice, una colección de interesantísimas láminas, con sus respectivas, aunque muy ligeras, descripciones, que estoy seguro me agradecerán los que gozan contemplando los prodigios de la Naturaleza y los esfuerzos del trabajo humano. Por ellas podrán conocer las asombrosas cataratas, donde se despeñan desde enormes alturas ríos más o menos caudalosos, las enhiestas cumbres de sus montañas ignívolas, cubiertas de nieves eternas, las corrientes navegables por donde más o menos pronto penetrará la civilización entre las tribus salvajes que hoy pueblan sus orillas, los puentes de maravillosa invención en que los naturales atraviesan sus ríos, los tipos y costumbres más originales, los buscadores de oro, los grandes monolitos, los paisajes más bellos e imponentes, los trabajos más curiosos en cerámica y orfebrería, y los monumentos prehistóricos que encierran tal vez preciosos tesoros de luz sobre la existencia y origen de pueblos ocultos por muchos siglos en la oscuridad de los tiempos.

El lector que busque en una relación de viaje grandes y continuas peripecias dramáticas, críticas acerbas de las costumbres de un país que abre sus puertas con amor al viajero, o datos estadísticos sobre sus transacciones comerciales, puede desde luego cerrar este libro como inútil; pero el que se contente con el relato fiel y sencillo de hechos no rebuscados para producir efecto, como hacen ciertos viajeros poco escrupulosos, sino naturales y verdaderos, como acontecen casi siempre en la vida práctica; el que busque sólo las apreciaciones hechas de buena fe por un observador que siente las bellezas naturales y las expresa a su modo, ese irá bien en mi compañía, y yo procuraré que no se hastíe ni se canse.

Aunque humilde alumno de las musas, no he desdeñado estudios de otro género; pero siempre he tenido predilección por los asuntos literarios, y por consiguiente, he viajado más como poeta que como geógrafo o naturalista; por tanto, si alguna vez ocupó la atención de mis lectores en asuntos de este género más de lo regular, les suplico que me lo disimulen, en gracia del objeto, casi siempre patriótico, que en sí envuelven.

El fin principal de mi viaje quedó cumplido con el establecimiento de relaciones oficiales entre España y Colombia.

Si los hombres que han gobernado o desgobernado nuestro país, prescindiendo alguna vez de la política, hubieran atendido oportunamente mis indicaciones, hace ya mucho tiempo que existirían entre las repúblicas hispano-americanas y su antigua metrópoli tratados comerciales y de propiedad literaria, útiles para todos los que expresamos de un mismo modo nuestras ideas, sentimos circular por nuestras venas la misma sangre, y abrigamos las mismas aspiraciones, constituyendo así vínculos cada día más estrechos y alianzas cada vez más íntimas y fecundas, que es de lo que depende el porvenir de nuestra raza.

EL Autor.

## OBJETO PRINCIPAL DE MI VIAJE

Desde los primeros años de mi juventud, en que la lectura de varias obras, relativas al descubrimiento y conquista de América, ilustraron mi razón lo suficiente para poder formar juicio propio sobre la colonización española en aquellos países, las causas de su emancipación y sus graves consecuencias para mi patria, tuve una aspiración constante a que ésta hiciera los mayores esfuerzos por reconquistar allí su perdida influencia, estrechando sus relaciones con aquellos pueblos, sus hermanos, hasta donde pueden y deben estrecharse los vínculos entre miembros de una familia.

Mi alejamiento completo de las esferas gubernamentales, me impidió hacer llegar mis ideas a los altos círculos del poder, que por otra parte no les hubieran dado acogida, ya porque no entraran en su sistema, ya porque emanaban de una individualidad que no tenía medios de imponerse.

Mi emigración a Francia en 1857 y 58 y mi larga permanencia en París me hicieron ver más claro que la decadencia de las letras españolas sería mayor cada día, hallándose explotadas por editores extranjeros que hacen con sus productos un activo comercio con la América española, y que el remedio único para cortar este mal, era la celebración de Tratados literarios y comerciales entre España y sus antiguas colonias, estableciendo, hasta donde posible fuese, una ley común de propiedad literaria; lo cual no podía menos de abrir un inmenso horizonte a la actividad intelectual de todos los pueblos de nuestra raza y como consecuencia del comercio constante de las ideas, el aumento de mutua simpatía, la uniformidad de aspiraciones y el influjo natural que en los destinos del mundo deben de ejercer más de setenta millones de habitantes que hablan el mismo idioma, tiene un mismo origen e intereses idénticos, y se hallan animados por el mismo espíritu.

Creía yo esta idea muy susceptible de un desarrollo práctico, y la acariciaba sin cesar, como un germen de prosperidad futura para mi país, y para sus antiguas colonias, y un glorioso y envidiable laurel para quien tuviese la fortuna de realizarla.

Verificada la revolución de septiembre de 1868, que llamó a regir los destinos de España a hombres eminentes, cuya mirada era capaz de abarcar todas las consecuencias de mi proyecto, creí llegado el caso de poner en práctica el plan que por tanto tiempo había acariciado, y a cuya madurez había consagrado los mejores años de mi vida.

Tuve el feliz acierto de consultarlo con algunos de los hombres más eminentes del país, y todos ellos con su claro talento y elevadas y patrióticas miras, no sólo comprendieron su importancia, sino que se propusieron remover con su influencia cuantos obstáculos pudieran surgir, para su pronta realización, en las regiones oficiales.

Para dar principio a la gestión, era necesario que yo presentase una Memoria al Ministerio de Estado sobre la cual recayesen las determinaciones de este departamento. Escribí la Memoria, que mis amigos encontraron buena, y desde luego fue dirigida al Ministro, que lo era a la sazón el Señor don Manuel Silvela.

Habían manifestado un grande interés por la realización de mi proyecto los señores don Cristino Martos, don Segismundo Moret y Prendergast, y don Eduardo Gasset y Artime, diputados demócratas, y don Víctor Balaguer y otros amigos de la fracción más avanzada de los progresistas. Todos ellos estaban resueltos a hacer ver al señor Silvela la gran importancia que tenía para el gobierno de la revolución tomar la iniciativa en el asunto, y llevar a cabo mi propósito; cuando la Providencia, que visiblemente era favorable a mis designios, llevó a aquel Ministerio a los amigos que más identificados estaban con mi plan, y que tenían en su realización un empeño más decidido.

Llamado al Ministerio de Estado el señor Martos, y con él, en calidad de Subsecretario, el señor Gasset, la resolución fue obra de pocos días, y mi Memoria-Exposición fue decretada, conforme a nuestro común deseo, mandándome partir inmediatamente

para Colombia, en la América del Sur, donde era preciso destruir los malos efectos causados por la guerra de emancipación, que aún tenía alejada aquella república del gran concierto de la familia española.

Para dar una idea de mi proyecto, transcribo a continuación la Memoria que dio origen a mi Viaje, que lo fue también de observación y de estudio; y lo publico, precisamente en forma de diario y según he ido recibiendo mis impresiones, con el doble objeto de que éstas aparezcan con todo el carácter de ingenua veracidad que deben tener los escritos de un viajero; y de que los lectores, identificados, por decirlo así, con el autor, día por día y hora por hora, sigan con más interés mis pasos y vayan apreciando conmigo las maravillas de la prodigiosa naturaleza de aquel país, y sintiendo, como yo, las cordiales manifestaciones de afecto, que en mí ha recibido constantemente la madre patria de las que un tiempo fueron sus hijas, y hoy son, por el amor, sus hermanas más cariñosas.

NOTA: En esta relación he suprimido algunos días, por no haber recibido en ellos ninguna impresión notable, ni ocurrido cosa alguna que pueda ser de interés para mis lectores.



## MEMORIA-EXPOSICIÓN

Dirigida al Excelentísimo Señor Ministro de Estado

Excelentísimo Señor:

Desde la emancipación de las feraces y extensas comarcas, que constituyeron un día nuestros envidiados dominios en el territorio americano, los gobiernos que se han sucedido en España no han dado un paso para establecer con sus antiguas colonias las relaciones cordiales que deben de existir entre miembros de una sola familia.

Largo por demás ha sido el período de nuestro resentimiento, fundado en un acto hasta cierto punto lógico, y a que concurrieron muchas circunstancias atenuantes, que debieron de inclinarnos a la indulgencia.

En efecto, no fue la aversión a la metrópoli el móvil principal que impulsó a aquellos pueblos a rechazar con las armas la dominación española, a pesar del profundo desdén con que a veces eran tratados, y la avaricia o terquedad de muchos gobernadores peninsulares, cuyo empeño era hacer odioso el nombre de la patria.

Sugestiones extrañas, manejos hábiles de pueblos codiciosos, que miraban con envidia nuestras ricas colonias, el ejemplo reciente de la mejor parte de la América inglesa, arrancada por Washington al dominio británico, y principalmente la desorganización en que nuestro país se hallaba, esquilado por la invasión francesa, y abatido por la ingratitude y las crueldades de un déspota iracundo; todo contribuyó a que nuestros hijos se decidieran a buscar en su emancipación, quizás prematura, una libertad de que no siempre han sabido hacer un uso discreto.

Consumado el acto, y reconocida la autonomía de aquellas nacionalidades por los gobiernos europeos, la conducta de España debió ser desde un principio encaminada, no a enconar las heridas que en la lucha se habían causado los combatientes, sino a

cicatrizanlas con maternal benevolencia, y a formar vínculos nuevos de amistad y cariño, en lugar de los que habían sido relajados, o rotos, al separarse violentamente el hijo adulto, para crear una nueva familia.

Lejos de esto, el gobierno español, soñando con una reivindicación imposible, fuera, como soñaba, dentro, con oponer una barrera insuperable al torrente de las nuevas ideas, se encerró para con aquellos pueblos en una reserva, hija del rencor impotente, cortando con ellos toda clase de relaciones, y enajenándose cada vez más las escasas simpatías que allí nos había dejado la guerra.

Las demás naciones de Europa procuraban en tanto sustituir su influencia exótica a la nuestra natural y legítima; y, atizando de un modo más o menos directo la enemistad hacia la antigua metrópoli, celebraron tratados y crearon allí intereses contrarios a los nuestros, con los cuales nos será muy difícil luchar, aun después de restablecidas nuestras cordiales relaciones.

Mucho hubiéramos adelantado en el buen camino, si desde el reconocimiento oficial de su independencia por el gobierno español, hubiese hecho éste a lo menos algún esfuerzo, para conseguir tal propósito, pero desgraciadamente los hombres que han dominado nuestro país en la última época de gobierno representativo, salvo algún ligero paréntesis, no habían abrazado la buena causa más que en el nombre; se consumían en luchas estériles contra las manifestaciones de la opinión pública, que los rechazaba, y no podían, ni querían, pensar en tender la mano al través de los mares a nuestros hermanos, contagiados del, para ellos, terrible mal de la libertad política.

Aquellos pueblos vírgenes, que acababan de salir de una tutela rígida y penosa, que entraban en una nueva esfera de actividad para ellos desconocida, hubieran tomado de buena gana por guía y maestro, o a lo menos por consejero, para proseguir en la áspera senda que se habían trazado, a su antiguo tutor, si éste hubiera sabido convertirse a tiempo en desinteresado y leal amigo.

Nadie, como nosotros, pudo desde entonces satisfacer las necesidades que allí se creaban, porque nadie las conocía tan a fondo, como los que les habíamos dado, con nuestra sangre, nuestra religión, nuestra lengua y nuestras costumbres. Y, sin embargo, por un amor propio exagerado, por una dignidad mal entendida, consentimos en que llegase a ellos por manos extrañas lo que podíamos llevarles directamente, reportando un común beneficio.

Los productos de nuestro suelo, a que se hallaban acostumbrados; los de nuestra inteligencia, con que la de ellos se había nutrido, llegaban allí por camino extraño, y adulterados notablemente; porque el conductor de unos y otros tenía interés en desprestigiarnos.

España debía ser el cauce natural, por donde se dirigiese a aquellas regiones la gran corriente de las ideas regeneradoras del mundo antiguo, los adelantos en las ciencias y en las artes, y cuanto abarca la ancha esfera de la actividad humana.

En el comercio de las ideas, nosotros éramos los llamados a transmitirles cuantas se elaborasen en el hirviente cerebro de la Europa; y el libro y el periódico, escritos en su propia lengua, debían de ser el estrecho y continuo lazo que uniese en fraternal concordia a los hombres de un mismo origen al través del Atlántico. Pero los libros y los periódicos españoles tenían que franquear una barrera muy superior a la que les oponían las inmensas olas del Océano; y esa barrera, en mal hora levantada y con peor acuerdo sostenida, era la tirantez de nuestras relaciones y la poca importancia que hemos dado siempre a un asunto de interés tan vital para nuestra patria.

Ente tanto, los extranjeros, aprovechándose de tan criminal apatía, estampaban en sus prensas los productos de nuestro ingenio, y su comercio de libros españoles con los españoles de América ha llegado a ser de tal importancia, que sólo París y Bruselas exportan anualmente para aquellas regiones obras impresas por valor de muchos millones de francos, cuando la exportación española apenas llega a algunos centenares de escudos.

¿Y cuál es, mientras, la suerte de nuestros escritores; de los mismos que abastecen sin cesar ese comercio tan lucrativo, hecho a expensas de nuestro trabajo? ¡Harto sabida es por desgracia!

Mucha fe se necesita para escribir y publicar un libro en español, aquí, donde hay tan pocos lectores, sabiendo que, al día siguiente, un extraño se aprovechará del fruto de nuestras vigiliass, llevándolo a un mercado, español también, donde el autor o el primitivo editor no pueden hacerle competencia.

¡Y si fuera éste solo el mal que para nosotros resulta! Pero, tras de dar a conocer nuestras obras de una manera imperfecta, en aquellas que lo permiten muchas veces hasta el texto va adulterado, introduciendo en él frases y períodos que nos rebajan, por enaltecer a los mismos que se lucran con el producto de nuestra inteligencia; o, cuando menos, salen los libros plagados de errores, hijos de la ignorancia de nuestro idioma en los encargados de reproducirlos.

Por otra parte, siendo tan mezquino y ruin nuestro comercio de libros directo con la América española, ni allí se conoce, como debiera, nuestra literatura contemporánea, ni nosotros podemos apreciar aquí los adelantos científicos y literarios de nuestros hermanos de Ultramar que, por falta de cambio, quedan limitados a su propio suelo, porque los demás mercados de Europa casi no existen para sus producciones, por lo poco que en ellos se cultiva el idioma de Cervantes.

España acaba de entrar en una nueva era: política y moralmente regenerada, no puede mirar con indiferencia asunto de tal importancia. Con nuestra resurrección gloriosa a la vida de la libertad y del progreso, no han podido menos de avivarse las simpatías de los que en el Nuevo Mundo suspiran aún por nuestra amistad, porque hablan nuestra lengua, porque llevan nuestros nombres, porque sienten latir en sus venas nuestra misma sangre. Nunca se puede presentar ocasión más propicia, para estrechar nuestras relaciones con aquellas repúblicas, formadas por nuestros hermanos; nunca mejor pueden celebrarse con ellas tratados literarios y de comercio, que liguen de una

manera estable nuestros intereses, que abran nuevos horizontes a nuestra abatida literatura, que maten el monopolio que a nuestra costa hacen allí los extranjeros.

Si recientes luchas han entibiado en algunas comarcas el cariño fraternal, que en su mayoría profesaron siempre a la patria común de nuestros abuelos, nuestra paternal solicitud borrará pronto la huella dolorosa de los últimos acontecimientos. Nunca es más grande el poderoso, que cuando tiende con generosidad al más débil la mano cariñosa del amigo.

Hubo un tiempo en que nuestro orgullo consistía en decir, que jamás dejaba de alumbrar el sol en los dominios españoles; hoy debemos aspirar a la realización más bella de esa frase, no por el derecho de la fuerza, sino por los vínculos de fraternidad y amor entre pueblos que tienen un mismo origen, una misma civilización y unas mismas aspiraciones.

Si esto no se verifica pronto; si la raza hispano-americana no se une entre sí y con su antigua metrópoli por el estrecho lazo de una amistad franca y sincera, su suerte es la de ser absorbida, más o menos tarde, por el coloso del norte, que, aprovechándose de nuestras discordias, tiende ya hacia el sur su codiciosa mirada.

El pensamiento de unificar en lo posible los intereses españoles en Europa y América, bajo el punto de vista del interés de raza, no puede ser más patriótico ni más oportuno. Los medios no son difíciles para la España actual, como lo fueron para la España retrógrada. Considere el Gobierno, en cuyas manos están los destinos de una revolución, llamada a ser de portentosas trascendencias, la inmensidad de los intereses que en esta cuestión se debaten. ¿Renunciará a la gloria, que ha de caberle, en dar los primeros pasos hacia la realización de tan alta empresa?

## PARTE PRIMERA

Desde la aprobación de mi proyecto, hasta mi salida de España

Tan luego como el Gobierno aprobó mi proyecto, y me dio las instrucciones que creyó oportunas para el mejor éxito de mis gestiones, empecé a hacer los preparativos de viaje.

Acercábase la fiesta de Navidad, época de placeres domésticos y de goces íntimos para las familias; tenía adoptada mi determinación de embarcarme en Cádiz el primero de Enero, y era preciso detenerme algunos días en Sevilla, para dar un abrazo, antes de partir, a mi anciana madre y a mis hermanos, y me decidí al fin a retrasar en quince días mi viaje, saliendo de Madrid el 6 de Enero y embarcándome en Cádiz el 15 del mismo en uno de los vapores de las Antillas.

### JUEVES 6 DE ENERO DE 1870

Llegó el día prefijado y el tren partió al fin. Eran las nueve de la noche. La respiración inflamada y jadeante de la locomotora marcaba con su inexorable compás el espacio y el tiempo que de Madrid me separaban; la densa oscuridad que nos envolvía aumentaba más mi tristeza; aquella oscuridad era el símbolo de mi porvenir, donde luchaban con el temor mis esperanzas y mis ilusiones.

Mientras el tren se deslizaba con una rapidez vertiginosa, como las ideas que se agolpaban a mi mente, cerré los ojos y procuré conciliar el sueño.

### VIERNES 7 DE ENERO

La aurora del día 7 nos sorprendió en Despeñaperros, iluminando las gotas de rocío, suspendidas como lágrimas en las verdes hojas de los árboles y arbustos próximos al camino.

Al penetrar por aquellas gargantas, la Sierra ofrece la admirable perspectiva de sus amenos y profundos valles, sus verdes colinas y sus áridas crestas, que se levantan a la región de las nubes.

Al entrar en Andalucía, al frío intenso de las llanuras de la Mancha sucedió la brisa primaveral de las regiones meridionales. La dicha próxima de abrazar a mi madre y a mis hermanos, y el aura del país natal, que es siempre un alivio en las más crueles amarguras, me llenaron de alegría aunque pasajera.

Aquella tarde cruzábamos ya la espaciosa vega desde la cual se ve Carmona, población romana y morisca, que se levanta en el pico de un cerro, dominando la fértil llanura salpicada de alegres cortijos, inmensos olivares y risueñas huertas de naranjos y limoneros. A la derecha la Sierra Morena, poblada de blancos caseríos, desde Córdoba, la opulenta ciudad de los Califas, hasta Constantina y Cantillana, donde se desvía hacia el poniente, para sepultarse en el mar, al pie de la Rábida, de donde partió Colón en su primer viaje, y se pierde hacia el sur, entre las feraces colinas, que ciñeron un tiempo la famosa Itálica, y que hoy rodean a la reina del Guadalquivir, la poética y encantadora Sevilla.

Antes de llegar a esta ciudad, y sin dejar la margen del caudaloso río, divisamos a la izquierda, velados ligeramente por la bruma de la tarde, los ennegrecidos torreones del castillo de Alcalá del Guadaira, mi inolvidable pueblo natal, donde reposan los restos venerados de mi padre y de mis abuelos.

Al llegar a Sevilla, tuve el gusto de abrazar a mis hermanos, que me esperaban. Mañana abrazaré a mi madre.

## SABADO 8 DE ENERO

Me he levantado temprano, y mi primer diligencia ha sido enviar a buscar un carruaje, que me lleve con la mayor rapidez posible a los brazos de mi madre y de mis hermanas, y a recibir las caricias de mis veinte sobrinos, muchos de los cuales han venido al mundo después de mi última visita al hogar paterno.

La mañana estaba fría y lluviosa, y sin embargo me encaramé en el pescante del coche, y preferí mojarme, viendo a un lado y otro del camino los mil objetos que me recordaban mis primeros años, a privarme de este placer por ir encajonado y cómodo, y evitarme aquella leve molestia.

Al salir de Sevilla, se ve a la derecha el antiguo acueducto, llamado sin razón los caños de Carmona; más adelante la Cruz del Campo, sitio delicioso, desde el cual se domina gran parte de la ciudad, y al que en mis paseos estudiantiles solía dar muchas veces la preferencia, porque desde allí se divisa también el viejo castillo moro, que parece proteger con su venerable sombra los lares de mi familia, desde remotas generaciones.

Sigue el camino recto por una llanura espléndida, cubierta a un lado y otro de huertas y olivares, con sus casitas de campo, cuyas blancas paredes brillan a lo lejos como si fueran de plata bruñida, y campos de cereales, donde las primeras hojas de la cebada y el trigo empezaban a cubrir el terreno de ese agradable color verde, que parece privilegio de las plantas jóvenes, para no desmentir el sello interesante que la juventud imprime en todos los seres de la naturaleza.

Más adelante, Torre-blanca, ayer caserío solitario y hoy agrupación risueña, donde la vida industrial va cambiando el silencio triste en alegría bulliciosa. Al frente, las colinas y cerros poblados de olivares; y al pie del castillo, el modesto Guadaira con sus huertas y sus molinos harineros, cuyas poéticas cascadas despiertan con su ruido



melancólico los ecos de los valles. ¡Ah! ¡Cómo me palpitaba el corazón a la vista de cada uno de aquellos objetos! ¡Cuántos recuerdos de la niñez evocaban en mi espíritu!

Entré por fin en el pueblo. Los conocidos me saludaban dándome afectuosos la bienvenida, y los amigos detenían el carruaje para estrecharme la mano. Llegados a la casa de mi madre, bajé de un salto, y de otro me encontré en el umbral, donde sus brazos me recibieron y sus lágrimas humedecieron mis mejillas. Sin separar uno de mis brazos de su cuello, y extendido el otro hacia mis hermanas y sobrinos que me rodeaban, y seguidos de un grupo numeroso de amigos, penetramos en el hogar, donde todos me dirigían mil preguntas sin aguardar ninguna respuesta; pero que todas expresaban un sentimiento de cariñosa ternura, que conmovía profundamente mi corazón, y me recordaba los dichosos tiempos en que, niño aún, recibía las mismas pruebas de afecto en las épocas de vacaciones. Aquel día fue consagrado todo a esas dulces emociones, que dejan en el alma un recuerdo indeleble y que son como un oasis de felicidad en el penoso desierto de la vida.

#### DOMINGO 9 DE ENERO

Aunque cansado del viaje, me levanté temprano y fui a oír misa a la parroquia que frecuentaba en mi niñez; donde recibí el agua del bautismo; donde mis padres se desposaron; donde habían resonado las preces mortuorias por mi padre y por mis abuelos. Allí estaban las mismas imágenes, ante las cuales había rezado de rodillas mis primeras oraciones, cuando aún no comprendía el significado de sus palabras; allí estaba el magnífico cuadro de Pacheco, representando a San Sebastián enfermo, a quien ofrece una mujer una taza de caldo; allí el órgano, llenando los ámbitos del templo con las mismas religiosas melodías; las mismas nubes de incienso, cuyo aroma embalsamaba el espacio. Sólo una cosa era distinta: la concurrencia que se hallaba a mi alrededor, compuesta de robustos jóvenes, a quienes yo había dejado niños, y de ancianos, a quienes había visto por la última vez en la plenitud de su virilidad, o cuando empezaba apenas a blanquear su cabello. Todos me miraban con curiosidad e interés, todos me saludaban con una sonrisa de benevolencia.

Al salir del templo, fuimos a pasear a un hermoso jardín de un hermano de mi madre, ilustrado y modesto sacerdote a quien todos consideran y estiman.

Desde aquel jardín nos dirigimos en numeroso grupo al otro lado del pueblo, donde se ve, desde la cumbre de un cerro escarpado, un bellissimo paisaje, que acaso no tiene igual en el mundo. Llámase aquel sitio "Las piedras del Algarrobo" y corre a sus pies, a una gran profundidad, y formando un ángulo casi recto, cuyo vértice ocupábamos, el cristalino río, en cuyas ondas tantas veces me he bañado. Los molinos y huertas de sus riveras; los extensos pinares que cubren las opuestas colinas; las fuentes murmuradoras, que por todas partes bajan a aumentar su corriente, hacen de aquel lugar un verdadero paraíso. Desde la altura descubríase a la derecha el antiguo puente de piedra, a quien no han podido derribar en muchos siglos las corrientes impetuosas; al oriente las dehesas, donde, al lado de mi padre, hice mis primeros ensayos en la caza; al norte el lugar donde nace en raudal copioso un arroyo purísimo, que, desde el tiempo de los romanos o de los árabes, corre hasta Sevilla por un admirable conducto subterráneo de más de dos leguas de extensión, que taladra los cerros, a veces a una profundidad asombrosa; en la misma dirección se hallaba nuestra casa de campo, rodeada de vides y olivos, donde tanto disfrutaba en las épocas de la vendimia. Más allá las vegas, donde anida la parda alondra, que antes de amanecer, despierta al labrador con sus variados y armoniosos trinos; a nuestros pies los árboles, donde el pintado jilguero y la oropéndola de doradas plumas ocultaban su prole, que mis ávidos e infantiles ojos lograban descubrir entre las copudas ramas; en todas partes el humilde cobertizo o el viejo alero del tejado, donde solía fabricar su nido y criar sus polluelos la confiada y sociable golondrina, simpáticaavecilla, respetada siempre por la irreflexiva malevolencia del más travieso muchacho, que la mira con veneración casi religiosa; al sur la ermita de San Roque sobre un alto cerro tajado a pico; al oeste, el ruinoso castillo, donde se eleva un templo a la Virgen del Águila, patrona del lugar, y donde parece que vagan aún las augustas sombras del desgraciado Ajataf, último rey moro de Sevilla, y de su hija, la infortunada princesa Alguadaira, que enjugó su amargo llanto, y le acompañó en los momentos de abandonar toda su grandeza. Antes del

castillo, entre dos collados pedregosos, cubiertos de olivares y al pie de la carretera que une a Madrid con Sevilla y Cádiz, se ve en toda su belleza el valle que se extiende de noreste a sureste, donde sonrío mi alegre y querido pueblo natal, con sus casitas blancas y sus balcones y azoteas llenos de flores. Desde aquella altura se descubre perfectamente la casa en que nací y hasta el fondo de la alcoba donde se hallaba entonces el lecho de mi madre. En la cumbre de un cerro próximo, y dominadas por una cruz, se alzan las paredes del humilde cementerio donde reposan mis antepasados. ¡Ah! todos aquellos lugares eran para mí inagotables fuentes de recuerdos interesantísimos; en ellos estaban compendiados los goces de mi niñez, los placeres de mi edad adulta, los objetos de mi veneración presente y las aspiraciones para los últimos años de mi vida! Allí escribí, más que con la pluma, con el corazón, la siguiente poesía, titulada "El suelo natal", donde están compendiados mis más tiernos y profundos afectos.

#### EL SUELO NATAL

Hay en el alma un noble sentimiento,  
Rica fuente de amor y de ternura,  
Do se fija del hombre el pensamiento,  
Sígale la desgracia o la ventura;  
Que presta al corazón vida y contento,  
Que temple alguna vez nuestra amargura,  
Y que hace revivir en la memoria  
De nuestra infancia la tranquila historia.

Sentimiento purísimo, que inspira  
Un amor que a otro amor no se parece,  
Que rechaza el engaño y la mentira,  
Que el alma, al abrigarlo, se engrandece,  
Amor que en el ambiente se respira,  
Amor que en el semblante resplandece,

Amor que existe con distinto nombre  
En la planta, en el bruto y en el hombre.

Y ese amor que en el rostro reverbera,  
Amor que con el hombre vive y muere,  
Que el tiempo no destruye en su carrera,  
Que más vigor con la distancia adquiere,  
Lo inspira el suelo en que por vez primera  
La luz del día en nuestros ojos hiere;  
Y ¡Ay de aquel corazón empedernido  
que olvida el suelo donde fue nacido!

El rincón de una choza solitaria,  
Que nos recuerda la infantil sonrisa;  
La copa de la oliva centenaria  
Balanceada al soplo de la brisa;  
El temor de una sombra imaginaria  
A la luz del crepúsculo indecisa;  
De la campana el eco misterioso  
Que a la oración nos llama y al reposo;  
Y el bosque, a cuya sombra cobijados  
Pasábamos las siestas del estío,  
Y los valles de flores matizados  
Y la corriente del sereno río;  
Y en el hogar paterno los tostados  
Leños, que templan el rigor del frío;  
La madre, que en sus brazos nos calienta,  
Y mil historias con amor nos cuenta;

¿Quién lo puede olvidar? ¿Quién no ha grabado  
Recuerdos de esa edad en su memoria?

¿Quién es el hombre estúpido o malvado,  
Que en la miseria o la opulenta gloria,  
No se siente de gozo arrebatado  
Con la sencilla y elocuente historia,  
Tierna, sublime, grata y placentera  
Que nos retrata nuestra edad primera?

Márgenes del tranquilo Guadaira,  
Grutas, peñascos y arboleda umbrosa,  
Donde torcida su corriente gira;  
Del ruiseñor morada deliciosa,  
Donde al aura balsámica suspira,  
Donde mana la fuente bulliciosa,  
Remedando en su plácido murmullo  
De enamorada tórtola el arrullo;  
Ruinosa y denegrida fortaleza,  
Del godo y del alárabe morada,  
Cubierta ya de musgo y de maleza  
Por la mano del tiempo despiadada;  
Arroyos de diáfana pureza,  
Ruidosa y poética cascada,  
Frondosos y apiñados olivares  
Que sombra dais a mis paternos lares:

Yo os saludo: sedienta el alma mía  
De una en otra ilusión alegre vuela;  
Amo la luz de tu brillante día;  
El aura de tus noches me consuela;  
De tus ecos me encanta la armonía,  
Y tu amor en mis cantos se revela,  
Orilla deliciosa, prado ameno

De aromáticas flores siempre lleno.

Y tú, Virgen sagrada, protectora  
De un pueblo, que tu nombre sacrosanto  
Con fe repite, y tu grandeza adora,  
Acógeme también bajo tu manto,  
Águila celestial, dulce señora,  
Tú, que enjugabas mi copioso llanto,  
Cuando, niño, ante ti me arrodillaba,  
Y tu nombre dulcísimo invocaba.  
En tus aras, Señora, la serena  
Mañana deslizóse de mi vida;  
Allí del Dios que la borrasca enfrena  
Fue por mí la grandeza comprendida;  
De ese Dios, cuyo amor los orbes llena,  
Que con su propia sangre nos convida,  
Que da la luz al sol, vida a las flores,  
Que es el Dios que adoraron mis mayores.

Por tus alas brillante cobijada,  
Mi cuna se meció bajo tu amparo,  
Tú serás en mi pecho venerada,  
Tu amor mi norte y mi luciente faro;  
Y si una vez, la frente circundada  
Por la corona del laurel preclaro,  
Con noble orgullo a levantar me atrevo,  
A ti la ofreceré, que a ti la debo.

Modula tú, Señora, mis cantares;  
Templa las cuerdas de mi tosca lira,  
Hoy que el ambiente de mis patrios lares

Blandos acentos a mi voz inspira.  
Eternice mi pluma los lugares  
Que embellece el modesto Guadaira:  
Haz que con fácil y sonora vena  
Su historia cante de aventuras llena.

Y ojalá, si a este suelo torno un día,  
Hastiado ya del mundo y sus engaños,  
Halle hospedaje en su ribera umbría,  
Donde tranquilo fin tengan mis años;  
Donde en tus aras la plegaria pía  
Entre propios eleve, no entre extraños;  
Y sepultura encuentren mis despojos  
Donde se abrieron a la luz mis ojos.

#### LUNES 10 DE ENERO

Este día lo he consagrado exclusivamente al afecto íntimo de la familia. Durante él no me he separado de los queridos seres, a quienes mañana he de abandonar, Dios sabe hasta cuándo.

#### MARTES 11 DE ENERO

El abrazo de despedida ha sido cruel. Aquella tristísima escena puede reducirse a estas breves palabras, que encierran un mundo de dolor inmenso: lágrimas, suspiros, sollozos.

El carruaje de mi tío nos esperaba a la salida del pueblo, hasta donde me acompañaron muchos amigos. Mis hermanos van a mi lado hasta la ciudad, porque ellos son los depositarios del último adiós de mi madre. El camino de Alcalá a Sevilla

ha perdido para mí toda su belleza. La densa nube que oscurece mis ojos presta a los objetos un tinte sombrío, que oculta su natural encanto. Aquellos campos risueños se han convertido para mí en campos de soledad y de tristeza. Adiós, lugares encantadores, alegría de mi niñez: por todas partes me seguirá vuestro recuerdo: vosotros me acompañaréis entre las selvas americanas, y seréis para mi corazón el dulce bálsamo con que mitigaré mis penas.

De vuelta a Sevilla, han venido a visitarme algunos amigos de la infancia, y compañeros de estudios, que en tanto tiempo no me habían olvidado. De los que empezaron conmigo las penosas tareas literarias, en que dimos a conocer nuestros nombres, sólo quedan algunos en la ciudad; los demás han muerto, o se encuentran a larga distancia del punto en que brotaron juntas nuestras primeras ilusiones. Sevilla conserva para mí el poético encanto de los recuerdos de la adolescencia; aquí palpité por primera vez mi corazón, conmovido por sus virginales emociones; aquí aspiré la fragancia de las primeras flores que ofrece a la juventud el jardín frondoso de la primavera de la vida. Esas flores, agostadas por el tiempo, no han perdido completamente su aroma; el alma conserva en sus recuerdos la esencia purísima de aquel perfume, y le consagra un suspiro o una lágrima, como se tributa a la memoria de un ser querido que nos ha arrebatado la muerte.

#### MIERCOLES 12 DE ENERO

He salido a despedirme de los monumentos de la ciudad, que visitaba otras veces con entusiasmo, y de los cuales no quiero alejarme sin decirles adiós, como a antiguos y buenos amigos. Ha sido el primero la catedral, esa maravilla gótica, donde no se penetra nunca, sin sentir en el alma la profunda emoción que produce el sentimiento religioso, ante la idea del cristianismo traducida en piedra por más de una generación creyente y piadosa.

He recorrido después el Alcázar de los reyes moros, hábilmente restaurado, y sus caprichosos jardines, donde la vegetación duerme aún el sueño letárgico del invierno.



Desde allí me he trasladado a la torre del oro y a los encantadores jardines de las orillas del Guadalquivir, donde el invierno helado no ha podido marchitar todas las flores; donde hay algunos troncos grabados por mi mano con caracteres que recuerdan nombres y fechas inolvidables. He pasado luego al original y poético barrio de Triana, donde existe el tipo del pueblo andaluz en toda su pureza. Desde su calle de San Jacinto he visto elevado sobre la vega, como una atalaya, el cerro de Santa Brígida, cerca del cual está el pueblecito de Castilleja, y en él la modesta casa donde Hernán Cortés, el conquistador de Méjico y uno de los héroes más grandes que han producido los siglos, acabó modesta y pobremente su inmensa carrera de gloria, abandonado de los poderosos, siempre ruines y siempre ingratos con los que les sirven.

Mañana abandonaré estos muros, edificados por Julio César y reconquistados por San Fernando, cuyas venerables reliquias se conservan aún en la catedral como una égida protectora. Aquí resonaron los armoniosos acentos de liras sublimes, inspiradas por las béticas musas; aquí los grandes maestros del arte pictórico demostraron cómo el genio puede comprender, reproducir y embellecer la naturaleza y hasta apoderarse de las más sublimes ideas abstractas.

Sevilla, cuna y sepulcro de mil varones ilustres en las ciencias, en las letras, en las artes y en las armas: concédeme siquiera un átomo del estado fecundo que ha inspirado a tantas nobles inteligencias, para que yo no sea completamente indigno de honrarme con tu glorioso nombre, y para que cumpla la honrosa misión que llevo al otro lado de los mares, con el acierto del que sólo aspira al engrandecimiento de su patria.

JUEVES 13 DE ENERO

Salgo de Sevilla a la caída de la tarde, para llegar a Cádiz al amanecer del día 14. No he podido contemplar las feraces campiñas de Utrera, Lebrija y Las Cabezas de San Juan, cuna de la libertad española. Los extensos viñedos de Jerez y el Puerto de Santa María, así como sus bellos y alegres edificios, quedan atrás, velados por la oscuridad de la

noche. A los primeros rayos de la aurora atravesamos la lengua de tierra que une con el continente la bella isla Gaditana. La estación del ferrocarril se alza sobre una explanada extensa, arrebatada por la industria del hombre a los dominios del océano. A las siete entramos en la ciudad.

PARTE SEGUNDA  
DE CÁDIZ A PUERTO RICO

VIERNES 14 DE ENERO

Después de hacer los últimos preparativos para mi viaje, y de recorrer entre la niebla los bellos jardines, que adornan algunas plazas, y que vegetan sobre los restos de crustáceos y conchas marinas con una frondosidad prodigiosa, he subido a la formidable muralla, que ciñe la ciudad de Hércules, y donde se estrellan con ímpetu furioso las olas del mar embravecido. Desde allí contemplo la interminable llanura de aquellas líquidas y movibles soledades, donde se han sumergido tantas ilusiones de avaricia y de gloria. Mañana me entregaré yo también a su caprichoso oleaje con la esperanza en Dios, que dispondrá de mi destino.

He tomado pasaje en el Vapor "Canarias" que se balancea en medio de la bahía, flotando al viento sus airosos gallardetes. A lo lejos cruzan el piélago espumoso las hinchadas velas; elévanse hasta las nubes densas columnas de humo, vomitadas por los vapores en su rápido movimiento; el marinero canta, dulcemente reclinado sobre la popa de su barquilla, al compás del estridente rumor producido por los carros que cruzan el muelle y las olas que se estrellan contra la muralla. Todo es aquí animación y vida y movimiento; más allá, el silencio perdurable, turbado apenas por las olas que se rizan y caen unas sobre otras, formando espumosas cascadas, que mueren y se reproducen incesantemente.

## SABADO 15 DE ENERO

Salimos de Cádiz a las once de la mañana con una niebla espesa, que casi no nos permitía ver el vapor desde el bote que hacia él nos conducía. Media hora después, llegamos a bordo. El número de pasajeros era corto: varios oficiales para el ejército de Cuba, algunos empleados y como unos cincuenta voluntarios, que ahogaban en vino el dolor de abandonar la patria y la familia. Ente tanto, los marineros se consagraban alegres a sus faenas habituales, sin dar importancia alguna a los peligros de su profesión, y considerándose allí en su propio elemento.

El vapor Canarias es un buque de unas 2.000 toneladas, de medianas condiciones marineras, pero de una gran solidez en su casco. Después de elegir mi camarote y hacer conducir a él la parte más precisa de mi equipaje, subí sobre cubierta, donde los pasajeros se paseaban, pintada en su semblante la sensación que en cada uno de ellos producía la partida. Yo, entre tanto, dirigía mi vista hacia el norte, dando con el pensamiento el último adiós a los seres queridos de mi alma. La confusión del trasbordo de equipajes duró hasta la una próximamente, en que sonó el estampido del primer cañonazo de leva, que hizo estremecer todos los corazones. El humo de las chimeneas subía cada vez más denso, a medida que se aumentaba el combustible; el capitán y el segundo se agitaban de un lado a otro, dando las órdenes de mando, que sus subalternos ejecutaban; el segundo cañonazo de leva resonó en los aires; levadas las anclas, el buque empezó a moverse a impulso de las olas, y al sonar el tercero, su hélice empezó a girar sobre sí misma y el Canarias hizo rumbo al Occidente.

Al salir de la bahía, comenzó a soplar una brisa ligera del Nordeste y se largaron algunas velas para ayudar el impulso de la máquina. A eso de las cuatro y media la tierra se confundió entre las brumas de la costa, cuyas casitas blancas vimos por última vez iluminadas por los relámpagos, cuando ya se acercaba la noche. Al oscurecer nos encontramos en alta mar, surcando sus tranquilas ondas y cubierto el cielo de espesos celajes. Algunas gaviotas, que hasta allí habían acompañado el buque y que revoloteaban a su alrededor, como si nos diesen el adiós postrero con sus

melancólicos chillidos, se alejaron de nosotros al caer la tarde, temerosas de seguir nuestro rumbo.

Al encontrarnos por todas partes rodeados de cielo y agua, más de una lágrima ardiente asomó a los ojos de los pasajeros. Yo oculté los míos para que no se viese en ellos reflejada mi emoción profunda, y permanecí solo, sentado en un banco de la popa, hasta que la campana de a bordo nos llamó a la mesa.

En aquella primera comida procurábamos todos mostrarnos alegres, para no dar indicios de debilidad; y hacíamos esfuerzos heroicos para ocultar nuestros verdaderos sentimientos. El buque, en tanto, seguía su marcha con un movimiento casi imperceptible, y alejándonos más y más de la tierra, donde acaso muchos ojos se volverían inquietos hacia el lugar donde navegábamos, y se exhalarían hondos suspiros, que hubieran abrasado nuestra frente, si hubiesen podido llegar hasta nosotros.

Cuando volvimos sobre cubierta, la luna luchaba por abrirse paso al través de las nubes, e iluminar con su tibio rayo el movable surco que el buque iba dejando sobre las olas. Entablóse una conversación general entre los pasajeros, sobre asuntos vulgares, en que no tuvo poca parte la política; y poco después nos retiramos todos a nuestros camarotes. A las once, todo quedó en silencio, escuchándose sólo el acompasado ruido de la hélice que nos empujaba hacia adelante.

La noche fue tranquila y el mar continuó bonancible.

#### DOMINGO 16 DE ENERO

La mañana ha amanecido destemplada y fría: empezó a soplar con alguna violencia el viento del Sudeste adquiriendo ese grado de celeridad que los marinos llaman brisote. Las olas del mar se levantaban formando altas colinas y valles profundos, donde el buque adquiriría un movimiento especial, cuyos efectos se dejaron sentir muy pronto entre los pasajeros, principalmente entre las señoras, que aunque pocas en número,

tuvieron que retirarse todas a sus respectivos camarotes en un estado lamentable. Los hombres poco acostumbrados a navegar, o de organización más predispuesta, pagaron también su tributo al mareo. Sólo los marinos de profesión, los empleados del buque, cinco o seis pasajeros más y yo, quedamos sobre cubierta, paseando a manera de beodos y teniendo muchas veces que cogernos de la mano para no caer sobre la borda.

A eso de las nueve de la mañana se dispuso a popa un altar con la espalda apoyada en la bandera española, extendida verticalmente del uno al otro costado del buque y sujeta por sus cuatro puntas a la jarcia. Revestido el capellán, subió a celebrar allí el incruento sacrificio, símbolo de nuestra redención, para que los fieles pudiesen cumplir con el precepto religioso; pero los asistentes éramos en cortísimo número, porque el estado en que la mayor parte de ellos se encontraba era más que legítimo impedimento.

Nunca me ha parecido más sublime el espíritu del catolicismo, que en aquel instante solemne, en que por el gran misterio de la Eucaristía, se dignaba el Señor descender a las manos del sacerdote, teniendo por templo una frágil tabla, agitada sobre el profundo abismo, y por bóveda el espacio inmenso, donde se agitan millares de millones de astros, que pregonan con su movimiento incomprensible lo asombroso de su infinita omnipotencia.

Al medio día, en que contábamos, por decirlo así, la primera jornada, a que los marinos dan el nombre de singladura, habíamos adelantado en dirección oeste 191 millas marinas, y nos hallábamos a 36°-1' de latitud norte y 3°-58' de longitud oeste. Durante el día, hemos visto cruzar a lo lejos, en distintas direcciones, tres velas, únicos objetos que han interrumpido por breves instantes la monotonía de aquellas soledades imponentes.

## LUNES 17 DE ENERO

Viento fresco del Sudeste, mar gruesa.

Segunda singladura: 226 millas recorridas; nos hallábamos a 35°-15' de latitud norte, y 8°-30' de longitud oeste. No ha ocurrido nada notable. Me he pasado casi todo el día sentado en la popa, leyendo unas veces, y otras contemplando la espumosa huella del buque, perdida en el horizonte.

## MARTES 18 DE ENERO

El mismo viento; algunos chubascos.

Tercera singladura: 258,5 millas recorridas; nos hallábamos a 33°-29' de latitud norte y 13°-15' de longitud oeste. Sin novedad.

## MIÉRCOLES 19 DE ENERO

Calma y viento de proa.

Cuarta singladura: 203 millas recorridas; estábamos a 31°-48' de latitud norte y 16°-45' de longitud oeste. Nada notable.

## JUEVES 20 DE ENERO

Mañana apacible; brisa ligera del norte. Quinta singladura: 199 millas recorridas; situación del buque: 30°-03' de latitud norte, y 20°-02' de longitud oeste. Monótono, como los días anteriores.

## VIERNES 21 DE ENERO

Viento fresco del nordeste. Chubascos.

Sexta singladura: 198 millas. Estábamos a 28°-30' de latitud norte, y 23°-22' de longitud oeste.

#### SABADO 22 DE ENERO

Amaneció la mañana con el mismo viento que el día anterior. A las ocho próximamente subí sobre cubierta, a sentarme a leer, como de costumbre, en la popa, hasta la hora de almorzar; y encontrando sentado en los bancos que rodean el palo mesana, a D. Francisco Romaní con sus dos niñas Vicentita y Panchita, de 3 y 5 años, niñas en extremo simpáticas, me detuve a hacerles una caricia, y me senté un momento junto a ellas. A los pocos minutos los marineros empezaron a izar la vela escandalosa, para aprovechar todas las ventajas del viento; y, no bien había empezado la maniobra, cuando sentimos un ruido extraño sobre nuestras cabezas, producido por la caída de un cuerpo duro y pesado, desprendido de una enorme altura. Este era la cadena que sostenía la driza del palo de mesana, y que por la rotura de un eslabón, cuyos pedazos conservo en mi poder, se desplomó sobre el grupo que las niñas y yo formábamos, y a quienes sirvió de escudo mi cuerpo, salvándolas de una muerte segura e inevitable. La mía fue también inminente, porque la cadena, de ocho metros exactos de longitud y de treinta y un kilogramos de peso, cayó desde trece metros de altura sobre mi cabeza, dejándome aturdido por algunos instantes y produciéndome varias heridas y una contusión en el hombro izquierdo. La pérdida de sangre era considerable, pero el capitán, que se hallaba próximo, me condujo del brazo a su cámara, donde el doctor de a bordo me hizo la primera cura, después de la cual bajé por mis pies a mi camarote, me desnudé con ayuda del practicante, y me acosté en mi litera. Todos los que presenciaron el accidente, y podían calcular sus consecuencias, se asombraban de que el golpe no me hubiese ocasionado una muerte instantánea, que era lo natural, dadas las condiciones del caso.

Consigno aquí con el mayor placer un recuerdo de profunda gratitud hacia el capitán del buque, el doctor y el sobrecargo por sus ardientes y continuas muestras de afecto,

y hago extensiva esta grata memoria a todos mis compañeros de viaje, de quienes recibí iguales pruebas de simpatía.

Pasé el día con algún dolor, producido, más que por las heridas de la cabeza, por la contusión del hombro. A eso del mediodía, pude dormir como unas dos horas, y esto contribuyó mucho a mi alivio. Por la tarde estuve completamente despejado. Felizmente no he tenido fiebre. Después he sabido que lo que evitó mi muerte fue el haber tropezado dos veces la cadena en las jarcias, antes de caer sobre mí. ¡Dios sea loado!

Sétima singladura: 245 millas; nos hallábamos a 26°-23' de latitud norte y a 27°-18' de longitud oeste.

#### DOMINGO 23 DE ENERO

He pasado muy bien la noche. Me he levantado a las nueve de la mañana con la cabeza despejada. Sólo me producen alguna incomodidad los vendajes. Guardo hoy una media dieta por orden del médico. Las felicitaciones unánimes que recibo me reaniman completamente. El día, salvo algún ligero desvanecimiento, ha sido un día normal. He permanecido hasta la tarde en la cámara. Después he dormido más de dos horas, aunque con sueño algo intranquilo. A la hora de comer he vuelto a la cámara, donde he permanecido hasta las once de la noche.

El tiempo sigue con la misma brisa.

Octava singladura: 255 millas recorridas; estábamos a 25°-23' de latitud norte y 31°-46' de longitud oeste.



## LUNES 24 DE ENERO

Ha amanecido una mañana deliciosa. Me he despertado algo tarde, después de un sueño tranquilo y reparador. He almorzado con todos en la cámara, y después he subido a la del capitán, donde hemos hablado de asuntos náuticos, que hacen mis delicias.

A las doce se ha tomado la altura, que ha dado por resultado:

Novena singladura: 245 millas; nuestra situación era: a  $23^{\circ}-52'$  de latitud norte, y  $36^{\circ}-04'$  de longitud oeste.

## MARTES 25 DE ENERO

La noche de ayer y la mañana de hoy perfectamente. He dormido bien y he comido con apetito. El doctor me ha levantado el apósito, y las heridas empiezan a cicatrizar. En este día y el anterior se han visto muchas algas marinas llamadas sargazo e infinidad de peces voladores. Mis amigos los tenientes de navío señores Liaño y Soler me han hecho pasar un rato muy agradable en una especie de conferencia íntima sobre la teoría de los vientos constantes, las corrientes oceánicas y los huracanes, según la última palabra de la ciencia náutica y astronómica. Por donde quiera produce admiración el orden con que procede la Naturaleza en todas sus operaciones, y el ver cómo se va el hombre apoderando de sus secretos para utilizarlos.

Décima singladura: 256 millas recorridas; nos hallábamos a  $22^{\circ}-58'$  de latitud norte y  $40^{\circ}-38'$  de longitud oeste.

## MIÉRCOLES 26 DE ENERO

Mis heridas avanzan en su cicatrización. Sigue el viento frescachón de popa y el tiempo asombroso. Se ven menos algas y más peces voladores. La oscuridad de la noche permite apreciar la fosforescencia de las olas. Hemos observado a Júpiter en el

zenit y a Venus en el horizonte occidental, con el sextante del capitán del buque. ¡Qué bello espectáculo! El capitán cree que el sábado llegaremos a Puerto Rico.

Undécima singladura: 268 millas recorridas; estábamos a 22°-10' de latitud norte, y 45°-23' de longitud oeste.

#### JUEVES 27 DE ENERO

Ha amanecido el día magnífico, pero el sol ha salido, como en los días anteriores, cubierto por nubes. El horizonte no ha estado nunca completamente despejado. Al medio día han pasado cerca del buque dos aves tropicales. Por la tarde, hacia el límite del horizonte, a estribor, ha cruzado una vela en dirección Nordeste.

Duodécima singladura: 271 millas recorridas; nuestra situación era a 21°-00' de latitud norte y 50°-05' de longitud oeste.

#### VIERNES 28 DE ENERO

Al levantarme, el doctor me ha curado las heridas, que están ya casi cicatrizadas. De las seis, sólo dos han necesitado curarse de nuevo; las cuatro restantes están ya en buen estado.

Se sigue viendo de cuando en cuando algunas aves tropicales. Al medio día hemos divisado por la proa un bergantín goleta, que llevaba nuestro mismo rumbo; en dos horas lo hemos perdido de vista por estribor a popa.

Decimotercera singladura: 261.5 millas recorridas; nos hallábamos a 20°-00' de latitud norte y a 54°-38' de longitud oeste.

## SABADO 29 DE ENERO

La tarde de ayer buena; algunos ligeros chubascos; calma un poco la brisa. A la una de la noche hemos estado a punto de chocar con un bergantín por la proa. Afortunadamente se ha visto a tiempo y se ha podido virar. La amanecida de hoy bellísima; la salida del sol despejada; el espectáculo sorprendente.

Me han quitado el vendaje de las heridas. El capitán me ha enseñado con mucha amabilidad todas las dependencias del buque.

¡A las nueve de la mañana hemos visto en el horizonte al sudoeste la tierra de América! La primera montaña que empezó a dibujarse entre la espesa bruma fue la de una de las Vírgenes en forma de túmulo. Después, con ayuda del anteojito se ve en la misma dirección, pero más cerca, la isla Anegada, donde se rompen con furor las olas. Fuimos perdiendo poco a poco estas islas por el Sudeste, y vimos aparecer al mismo tiempo, en el rumbo que se nos mostró la primera, la Tórtola, y Santo Tomás. El mar empezó a tomar un tinte más claro, debido a la menor profundidad que allí tiene. Bandadas considerables de gaviotas pasan cerca del buque. Después del almuerzo, el capitán me ha llamado a su cámara para proporcionarme una de las sorpresas más gratas que he tenido en mi vida. El capitán Ugarte es un vizcaíno de unos 40 años de edad, que revela su noble origen en su fisonomía leal y franca. Desde el primer momento de estar a bordo sentí hacia él una verdadera simpatía, que fue naturalmente creciendo con las pruebas de cariño que recibí de él, principalmente después de la ocurrencia de mis heridas; pero había además otra causa oculta que nos aproximaba, y que no me he podido explicar hasta hoy; y es que en él, además del caballero y del amigo, se ocultaba el hermano en las musas. El capitán, que hubiera sido un poeta notable, si hubiera cultivado la poesía con la constancia y la asiduidad del que tiene conciencia de sus felices disposiciones, no le ha consagrado más que algunos momentos de ocio; y sin embargo, comprende el arte y tiene encarnado hasta el instinto de las bellas formas. Al llegar a su camarote, me entregó con una modestia, que sólo posee el hombre de mérito, una bellísima poesía, que me había dedicado, y

que con el mayor placer copio a continuación. La leí profundamente conmovido. Mi única contestación fue un estrecho abrazo. Las palabras no podían expresarle mi gratitud. Hay sentimientos para cuya expresión no existen frases en ningún idioma del mundo. Le pedí permiso para consignarla en mis impresiones de viaje, y darle publicidad, cuando y donde lo creyera conveniente; y lo conseguí, a pesar de su resistencia ¡Ah! ¡Si toda la humanidad se compusiera de hombres como el Capitán del Canarias! Como era para mí el último día de navegación en su buque, porque llevaba determinado desembarcar en Puerto Rico, quise leerla a los amigos de a bordo, seguro de que obtendría unánimes aplausos. La leí en efecto, y la ovación fue tan completa como yo deseaba, enorgulleciéndome del éxito, más que si los versos hubieran sido míos. He aquí la Poesía:

"A mi simpático amigo, el señor D. José María Gutiérrez de Alba, al emprender su largo viaje por el continente de América

C'est une grande erreur, de croire  
qu'il y a plus de danger a traverser  
les océans et les bois sauvages, qu'à  
promener ses ennuis dans Hyde-Park.-  
Dieu donne deux anges gardiens a ceux  
qui, pour feuilleter toutes les pages de son  
oeuvre sphérique, savent vaillamment  
affronter mille morts.  
-Meery.- "La guerre du Nizam"

Con fe, con entusiasmo, como un día  
Se embarcaron Colón, Balboa, Elcano  
Y otros héroes de tanta nombradía  
Un mundo a descubrir y un Océano,  
Así pisaste tú la nave mía,

Armado de valor y muy ufano,  
Y el rumbo que siguió tan brava gente  
Emprendiste animoso al Occidente.

No ibas a descubrir lejanas tierras,  
Ni a conquistar naciones con la espada;  
Pasaron ya las épocas de guerras;  
Inútil es la sangre derramada,  
Tu misión, elevada, cual las sierras  
Del país do fijabas tu mirada,  
Era dar cima a la obra que empezaron  
Genios que al mundo admiración causaron.

Ibas a atravesar mares bravíos,  
Desembarcar en ásperas riberas,  
Seguir el curso de gigantes ríos,  
Doblar inaccesibles cordilleras,  
Internarte en los bosques más sombríos  
Y ofrecer realidades, no quimeras,  
A los que, siendo hermanos muy queridos,  
Deben estar con nuestra patria unidos.

De España, nuestra madre venerada,  
Intérprete eras fiel; le prometiste  
Ser constante y leal en tu jornada  
Y cantar sus virtudes, cual lo hiciste,  
Con la potente voz y bien templada  
Lira, que de las musas recibiste;  
Y esculpir a ambos lados de los Andes  
Nombres de nuestros sabios, los más grandes.

Para empresa tan noble y atrevida  
Mostrabas decisión y fortaleza;  
Mas quiso Dios probar si era cumplida,  
Y permitió a Luzbel, que en tu cabeza  
Descargase sus iras; que tu vida  
Amenazara con cruel fiereza,  
Pero, al verte con ánimo sereno,  
"¡Sálvale!, dijo a un ángel, porque es bueno".

En la mar, Enero 28 de 1870.

Juan Tomás Ugarte.

A las dos de la tarde vimos, como a unas veinte millas, la isla Culebra, después el Bergantín, que por su forma produce la ilusión de un buque a la vela, y por último, a eso de las tres, empezó a dibujarse por la proa la Cabeza de San Juan o Sierra de Loquillo o Luquillo, como le llamaban los isleños, que es la montaña más elevada de Puerto Rico.

La singladura al medio día de hoy era: 239 millas recorridas; y nuestra situación a 18°-40' de latitud norte y 60°-36' de longitud oeste.

A las siete y cuarto de la noche llegamos a colocarnos frente a la boca del puerto, que, por ser estrecha y sucia, no permite a los buques de algún calado pasarla con seguridad a estas horas. Al llegar frente al Morro o principal castillo, el vapor saludó con un cañonazo y precisó el aviso de su llegada con tres cohetes y una luz de Bengala. La noche la pasamos, de vuelta y vuelta, frente a la entrada del puerto.

## PARTE TERCERA

### PUERTO RICO

DOMINGO 30 DE ENERO

Serían las seis de la mañana, cuando llegó el práctico a bordo. A las siete dimos fondo en la bahía, penetrando en ella por un canal muy estrecho rodeado de arrecifes.

Al llegar a la Aduana, para recoger mi equipaje, tuve el gusto de abrazar al contador, amigo de la niñez y condiscípulo en la carrera, a quien había dejado de ver hacía muchos años. Este amigo es D. Rafael Alonso Ibáñez. Al día siguiente me esperaba el abrazo de otro de mis amigos más queridos, y de cuya permanencia en la isla tenía motivos para dudar, por las noticias que me habían dado en España.

Muchos de los compañeros de viaje me han acompañado hasta el hotel del Universo, donde he tomado hospedaje.

Despedímonos después de almorzar, y sin tomar descanso, me vestí para ir a ofrecer mis respetos al Capitán general de la isla, Excelentísimo Señor D. José Laureano Sanz, que me recibió con la cordial franqueza y amabilidad que distingue a los militares españoles.

Hemos hablado largamente de la política en general y particularmente de la que se hace en las colonias, lamentándonos de que los hombres que dirigen esta última no las conozcan prácticamente.

El general me ha referido los últimos acontecimientos de la isla, la amnistía que dio para todos los condenados y presos políticos, sin excluir a los que habían apelado a la fuga. Esto ha hecho tan buen efecto, que el elemento español ha recuperado en gran parte su perdido prestigio. Por la tarde ha habido gran parada, compuesta de 1.500

hombres, lo cual ha sido aquí un gran acontecimiento que ha atraído mucha concurrencia de diversos puntos de la isla.

El ejército y los voluntarios tenían acordado dar una serenata al general y cantar en ella un himno alusivo. El general me convidó a presenciar el acto desde los balcones de su palacio.

Asistí a la hora citada, que eran las nueve de la noche, y encontré en los salones todo lo más notable de la isla. Allí tuve el gusto de conocer personalmente al denodado liberal, al héroe de nuestra guerra de Cochinchina, general D. Carlos Palanca, que desempeñaba el puesto de Segundo Cabo. Por éste fui presentado a su señora y familia y a otras personas importantes del mundo oficial, que allí se hallaba reunido.

Concluida la serenata, que, relativamente a la población, fue una cosa notable, empezó en el salón otro acto con que el general devolvía obsequio por obsequio. A lo largo del salón, sobre una gran mesa, estaba servido un espléndido buffet, como solemos decir ahora, o refresco, como decían nuestros antepasados, en que no faltó ninguno de los artículos que el gusto más delicado hubiera podido exigir, en igualdad de circunstancias, en una de las primeras ciudades de Europa. Había damas muy bellas y elegantes y ricamente adornadas, veíanse entre los oficiales de la guarnición los de los voluntarios, en su mayor parte peninsulares. Después, por orden del general, subieron al salón los voluntarios mismos a participar del obsequio; y fue necesario, por su gran número, consagrarles un verdadero río de Burdeos y otro de Champagne. Afortunadamente había gran provisión de botellas, y a última hora aun sobraron muchos vinos y no pocos dulces y otros majares. Los generales Sanz y Palanca hicieron muy dignamente los honores de la fiesta, secundados por sus respectivos ayudantes, y tratando con afectuosa familiaridad hasta al último de los voluntarios, lo que producía en todos ellos un grande efecto. Al despedirme del general, a las doce de la noche, hora en que terminó la fiesta, todos los concurrentes se retiraban muy satisfechos, excepto algunas señoras, que no podan resignarse a abandonar el salón, sin haber bailado siquiera una danza. ¡En todas partes lo mismo!



## LUNES 31 DE ENERO

Al amanecer de este día, me levanté con los huesos doloridos por la dureza de la cama, y me asomé a los balcones de mi cuarto, que dan a la bahía y que dominan un extenso y bellissimo paisaje. El hotel del Universo encierra una sociedad cosmopolita; el servicio se hace por gentes de color, y tiene una mediana mesa; pero es el mejor de la población y el que está mejor situado. Al pie de la muralla, en que casi se apoya el edificio, están la aduana y el muelle; más allá se extiende su pintoresca bahía, donde se ven buques de varias naciones, y el horizonte está limitado por elevadas colinas plantadas de cafetales y coronadas casi siempre de espesas nubes, que despiden frecuentes y terribles aguaceros. A la derecha está la entrada del puerto, y por la izquierda rodea la población el mismo brazo de mar que se comunica con él por la espalda, haciendo de San Juan de Puerto Rico una verdadera isla. Por la mañana, antes de almorzar, he paseado por las fortificaciones, que son muy notables y de una gran solidez, siendo de ellas lo más extraño el no ser todas de piedra, siendo escasas las canteras que hay en la isla, y éstas muy distantes, por lo cual se cree generalmente en el país, que ha sido preciso trasportarlas del continente, costando sumas fabulosas.

El palacio del Capitán general, que es de dos pisos, y que además de servir de habitación a la primera autoridad, contiene en su planta baja todas las oficinas militares, es de todos los edificios de importancia, uno de los que menos han sufrido con los últimos terremotos. No así un gran cuartel que se halla al norte, la casa consistorial y otras particulares, que han quedado muy mal tratadas y que, como la Catedral, exigen considerables y prontas reparaciones.

Al medio día ha venido a abrazarme mi amigo muy querido y leal compañero en mis primeros pasos literarios, el notable jurisconsulto e inspirado poeta D. Eugenio Sánchez de Fuentes, magistrado de la Audiencia de la isla.

¡Qué grato es el recuerdo de la niñez entre dos corazones no viciados, que se han conservado siempre un amor fraternal, ardiente y puro! La primera fibra que se ha conmovido a nuestras primeras palabras ha sido la que evoca estos imborrables recuerdos.

He comido con el general y algunos de sus amigos. Me ha contado los ingeniosos recursos de que se vale para llevar a cabo las obras públicas más necesarias en la isla. Estos medios son excitar el amor propio de las señoras para que consagren a tan dignos objetos una pequeña parte de la renta de sus maridos, a quienes se ha pagado con honrosas condecoraciones su desprendimiento. Así se abren caminos, se erigen puentes y se puebla la isla de hilos telegráficos.

He pasado la noche conversando agradablemente con el general Palanca. Se halla colocado en mi punto de vista político, y esto hace mayor nuestra simpatía.

MARTES 1o. DE FEBRERO

Mis heridas están completamente curadas. El calor de hoy ha sido insufrible. ¡Y sin embargo, la gente del país se queja de frío!

He comido en casa de mi amigo Sánchez de Fuentes, que me ha obsequiado como a un hermano. Entre los obsequios, el que más le he agradecido es la lectura de una colección de sentidísimas poesías, que ha terminado, y que va a publicar con el modesto y tierno título de Arrullos, en que canta su felicidad conyugal y la dicha que la paternidad le proporciona. El hogar de mi amigo es la morada del honor y de la virtud. ¡Cómo no había de serlo de la ventura! Allí he tenido el gusto de conocer al Sr. D. Joaquín de Fuentes Bustillo, que desempeña la auditoría de guerra, y que continúa las tradiciones poéticas de su familia. Es hijo político del notable escritor español don Leopoldo Augusto del Cueto y él también es un poeta muy estimable. Nos recitó una bella poesía A Sevilla, de brillantes formas y rasgos de inspiración verdadera. Sánchez de Fuentes me hizo saborear una vez más su brillante Oda a Colón; yo no pude

eximirme de recitar algunos versos y les di a conocer mis octavas a El suelo natal, que se proponen reproducir en los periódicos locales.

### MIERCOLES 2 DE FEBRERO

Hoy es mi cumpleaños. He tenido más vivo en la memoria y en el corazón el recuerdo y el amor de mi familia.

He comido en el Hotel, y a la noche he asistido al teatro, donde actúa la compañía Robreño, que ha tenido la amabilidad de poner a mi disposición una de las primeras localidades. La compañía, compuesta de actores modestos, se esfuerza por complacer al público, que recompensa su laboriosidad infatigable. Han puesto en escena el drama de Rubí La trenza de sus cabellos, para la cual les faltan facultades. ¿Qué han de hacer, sin modelos que imitar y caminando por el terreno del arte sin luz ni guía? He dicho modelos, y no sé dónde pudieran hallarlos, aunque estuviesen en España. ¡Pobre arte escénico! ¡Pobre literatura! Demasiado hacen.

Durante el sainete, el público ha formado mis delicias. ¡Qué manera de aplaudir aquellos inocentes chistes, dichos de una manera todavía más inocente! ¡Si uno pudiera escoger siempre un público de corazón tan sano y de tan benévolas disposiciones, qué fácil sería, para el autor y el actor, llegar al templo de la gloria!

Durante la función, he conocido al joven periodista y empleado Sr. Requera, que me traía un saludo de la poetisa puerto-riqueña señora Da. Alejandrina Benítez.

### JUEVES 3 DE FEBRERO

He visitado el cementerio de la ciudad, situado al norte, al pie de la fortaleza. Las olas del mar vienen a estrellarse contra las rocas que le circundan, y sin embargo los negros cruzan con sus cayucos aquellas aguas turbulentas. No puede darse una posición más agradable para establecer la mansión de los muertos. Lo único que tiene

de repugnante es lo que hay en él de común con muchos cementerios de España: una especie de estantería, donde yacen los restos humanos, colocados simétricamente unos sobre otros, como en una tienda las mercancías, con sus rótulos, que indican su procedencia, sus nombre y el tiempo que llevan allí almacenados. Sin embargo, de algunos años a esta parte parece haber cambiado la moda, y se ven sarcófagos aislados, indicando la tendencia de devolver a la tierra lo que ella prestó y de derecho le pertenece. Hasta hay algunas tumbas de mérito artístico. Sobre una de ellas se ve la estatua del dolor ejecutada en mármol, de muy buen estilo y de formas correctas. Parece escultura italiana.

Mi amigo el Sr. Nevado Benjumea me ha enviado un caballo y luego ha venido él a buscarme en otro, para dar un paseo al único sitio por donde la población se comunica con el resto de la isla. El camino es muy bello. Nos hemos retirado como unos siete kilómetros de la ciudad, pasando tres puentes que corresponden a otras tantas líneas de fortificación. El camino, a un lado y otro está acompañado de una serie, casi no interrumpida, de casitas de madera, muy bellas algunas, donde residen habitualmente muchas familias del país, siendo otras habitación de verano de las gentes acomodadas. La vegetación tropical es admirable. El mango, el cocotero y el plátano abundan mucho también, así como los naranjos y limoneros, que se dan sin cultivo alguno en toda la isla, y cuyo fruto aprovechan los naturales como el de cualquier otro árbol silvestre. Hemos vuelto al anochecer, andando unas tres leguas en menos de dos horas, sin estimular mucho nuestros caballos, porque los del país, pequeños en su mayor parte, tienen todos el paso de andadura o portante, sumamente cómodo para el jinete y que supera en rapidez al galope tendido de los caballos españoles. Es singular la fortaleza de esta raza de animales, que alimentados con gramíneas frescas, sin cultivo alguno y rara vez alguna ración de maíz, andan 15 y 20 leguas, sin rendirse, a razón de 3 y más por hora, y esto sin herraduras y por terrenos quebrados, ya excesivamente húmedos, ya pedregosos.

Al volver a la ciudad, se me presentó un espectáculo muy notable. Apenas anocheció, y aquí el crepúsculo pasa como un relámpago, nos vimos rodeados por todas partes de

una inmensa nube de luciérnagas voladoras, pequeños insectos luminosos que cruzaban sin cesar el espacio, y que parecían una lluvia de estrellas microscópicas. En el país llaman a estas luciérnagas cocuyos, y cucubanos a otras mayores.

#### VIERNES 4 DE FEBRERO

Hoy, después de almorzar, mi amigo Nevado Benjumea, me ha llevado en carruaje por el mismo camino de ayer a un pueblecito llamado Río-piedras, a dos leguas de la ciudad, situado sobre una bella colina y donde el capitán general, que viene a mandar la isla, tiene siempre dispuesta su casa de aclimatación, que a la vez le sirve de recreo. Este pueblecito es pequeño y sus casas todas son de madera, incluso la del general, llamada comúnmente La Convalecencia. Compónese la población de unos mil vecinos; pero de éstos, las dos terceras partes viven en el campo en casas situadas junto a los caminos; de modo que la agrupación principal tendrá a lo sumo unas cien casas, formando una plaza rectangular bastante espaciosa, en cuyo centro está la iglesia, rodeada de jardines, y dos calles paralelas a la fachada de la casa del general, a la cual llegamos a eso del mediodía. Dejamos el carruaje y penetramos en ella, creyendo que el general había vuelto de las lagunas donde cazaba, para pasar las horas del calor más cómodamente; pero no era así, y se nos dijo por un ordenanza, recién llegado del cazadero, que no pensaban volver hasta la noche, porque en toda la mañana no habían podido matar ninguna pieza. Una de las cosas que más llamaron mi atención en aquella casa, que es muy bella por su situación y por su forma, fue su agradable temperatura, estando tan cerca de la capital, donde el calor es excesivo. En la Convalecencia, cuyos dos pisos están rodeados de una ancha galería, que se puede cerrar con persianas, la brisa es fresca y en extremo suave, por hallarse perfumada con el aroma de las flores de su jardín y especialmente de los naranjos en flor que hay delante del vestíbulo.

En esta isla, como en toda la América intertropical, la naturaleza es tan pródiga, que la vegetación no interrumpe jamás su trabajo; antes de caer una hoja, ya ha brotado la que ha de sustituirla; antes de madurar un fruto, ya sale de la flor el que ha de

madurar más tarde; y como el campo nunca se agosta, el verdor es eterno; lo cual para nosotros los europeos llegaría a hacerse monótono, por nuestra costumbre de ver alternadas las estaciones con todos sus bellos accidentes. El regreso de nuestra excursión se ha verificado por la tarde, recorriendo el espacio de más de dos leguas en poco más de media hora. El carruaje iba tirado por dos caballitos de pequeña alzada; y sin embargo, ni aun en las cuestas dejaron la especie de galope con que salieron de la población. ¡Qué fortaleza de animales!

Por la noche he conversado agradablemente con varios amigos en casa del general Palanca, y he paseado por la plaza principal, donde hay música desde las 8 a las 9, siendo hoy una de las piezas obligadas el Himno de Riego, absolutamente prohibido antes de la revolución de septiembre.

#### SABADO 5 DE FEBRERO

He sido presentado a la poetisa Sra. Da. Alejandrina Benítez, hija de Puerto Rico y de corazón española. En mi primera entrevista no he podido conocer más que a la dama, que es muy fina, y tan elegante en las formas de su lenguaje como en su figura. Después conoceré y podré juzgar a la poetisa.

Esta noche ha habido función en el teatro. Se han puesto en escena la comedia Lo Positivo, y la pieza La mancha de la mora, que el público ha aplaudido con entusiasmo.

La ejecución, regular, dadas las facultades de la compañía.

#### DOMINGO 6 DE FEBRERO

He pasado el día en recibir a algunos amigos. Por la noche he ido al teatro, donde se ejecutó La huérfana de Bruselas y El sutil tramposo.

#### LUNES 7 DE FEBRERO

Da. Alejandrina Benítez me ha leído algunas de sus poesías. Tiene inspiración, pero carece de arte, por falta de estudio de buenos modelos.

#### MARTES 8 DE FEBRERO

He visitado las Fortalezas. El castillo del Morro es una obra admirable. Su punto de vista, delicioso.

#### MIÉRCOLES 9 DE FEBRERO

Mis amigos Nevado y Feijoo (D. Tadeo) me han invitado a una excursión por la bahía en lancha. Hemos llevado las escopetas y hemos muerto algunas aves acuáticas, semejantes a las de Europa, especialmente las gaviotas, y una zarceta o polla de agua, que aquí llaman chorlo. Otras más pequeñas y que vuelan en grandes bandadas, tienen un tipo particular, entre la tórtola y la calandria: en el país les llaman clérigos, por el collar listado de negro y blanco que adorna su cuello. Hemos visitado en nuestra excursión la isla de Cabras, situada al norte de San Juan, y que forma como ella una faja de este a oeste. Tendrá como unos 200.000 pies cuadrados de superficie, y en su mayor parte está cubierta de uveros, arbustos de tallos semejantes a los de la higuera y hojas casi redondas. He visto en la isla algunas canteras de roca caliza conchífera de las que sin duda se habrá sacado parte del material para las fortificaciones.

#### JUEVES 10 DE FEBRERO

Voy a comer con el señor Fuentes Bustillo, que ayer tuvo la amabilidad de acompañarme a almorzar en mi hotel. Mañana sale para España. He pasado la noche en visitar algunos amigos y en oír recitar algunos versos en casa de Doña Alejandrina Benítez, cuyo hijo es también poeta, y aunque muy joven, ha hecho ya algunos trabajos notables.

## VIERNES 11 DE FEBRERO

Se ha embarcado Bustillo. Le he despedido en el muelle con Sánchez de Fuentes y otros amigos, envidiando su dicha de volver a respirar el aire de la patria.

## SABADO 12 DE FEBRERO

He recibido una carta del capitán del Canarias, Ugarte, que me ha llenado de gozo. La amistad no es un sentimiento vano; es una planta que se aclimata siempre con facilidad y nunca se marchita en los nobles corazones. Por la noche, en el teatro, he visto representar Una comedia nueva, arreglo de una obra de Scribe discretamente hecho por D. J. Robreño, director de la compañía.

## DOMINGO 13 DE FEBRERO

Hemos visitado la casa de beneficencia, que es magnífica y está perfectamente administrada. Las hermanas de la caridad prestan en ella un gran servicio. El Padre Lassa, administrador del establecimiento, nos ha acompañado en la visita. El aseo es muy notable. Atiéndese con igual esmero a los acogidos de color que a los blancos y lo mismo sucede con la educación de los niños de ambos sexos. Consuela el ver como allí se considera al hombre por lo que es, sin distinción de origen ni de colores. Esta práctica dará grandes resultados, y modificando las preocupaciones, acabará por extinguirlas.

El departamento de enajenados ofrece una cifra numérica desconsoladora. Procuraré investigar las causas que influyen en ello, y en el resumen sobre Puerto Rico dejaré consignados algunos datos sobre éste y otros asuntos importantes.

Acabo de recibir cartas de España por el vapor "Isla de Cuba".



#### LUNES 14 DE FEBRERO

Los periódicos de la isla anuncian hoy los títulos de mis obras, copian algunos fragmentos y hacen de ellas grandes e inmerecidos elogios.

#### MARTES 15 DE FEBRERO

He visitado el general Palanca y otros amigos. Ha venido a verme Dn. Ángel Topete, capitán de un vapor de guerra español anclado en la bahía, con el segundo jefe del buque.

Ambas personas son muy estimables por su ilustración y afable trato, cualidades propias de los marinos españoles. También ha venido a visitarme el canónigo D. Mateo Torga, mi antiguo profesor de latín. Hemos recordado juntos los tiempos de mi niñez. ¡Qué grato es volver la vista hacia los primeros años, en que la vida corría tranquila y dichosa sin una nube en el horizonte!

#### MIÉRCOLES 16 DE FEBRERO

Han venido a pedirme que dirija los ensayos de una de mis obras que van a poner en escena. No me he negado a ello; pero les he impuesto por condición la de dar antes de mi salida de la isla, otra, cuyos productos íntegros sean para los establecimientos de beneficencia. Mi condición ha sido aceptada.

#### JUEVES 17 DE FEBRERO

He sido invitado por la señora Benítez a ir en su compañía y la de otras varias señoras, señoritas y caballeros, a la isla de Miraflores, donde su hijo, que es militar, se halla de servicio. A eso de las dos de la tarde hemos salido en un bote como unas veinte personas, incluso las criadas de color, encargadas de la merienda. El viento nos era favorable y tardamos media hora escasa en la travesía.

Esta isla, que es una de las muchas que por la parte occidental de la ciudad se levantan apenas sobre el nivel de las aguas de la bahía, cubiertas de una vegetación especial de aquellos lugares pantanosos, es una de las que tienen el terreno más elevado, y por su posición ha sido elegida por el Gobierno para establecer en ella el depósito de pólvora, a distancia suficiente de la población, para que la gran cantidad de esta materia explosiva, allí aglomerada, no constituya un verdadero y constante peligro para sus moradores. Tendrá apenas de superficie unos 2.500 metros cuadrados, y el polvorín y cuartelillo donde se aloja la tropa que lo custodia, son dos edificios en extremo humildes y que no merecen los honores de la descripción por ninguna de sus circunstancias.

Al llegar nuestro bote a la especie de puerto donde se levanta con honores de muelle un ligero terraplén y un antiguo murallón casi derruido, el joven Benítez, jefe de la guardia, salió a nuestro encuentro, con la alegría que es de suponer, formando parte de nuestra comitiva su novia y su madre.

Como llevábamos más necesidad de movimiento que de reposo, lo primero que hicimos fue dar un paseo por la isla, recorriéndola en toda su extensión, y hallándola cubierta en algunas partes de menuda yerba y vistosas florecillas, y en otras de uveros, icacos y otros arbustos que a veces forman bosquecillos impenetrables.

El icaco, planta arbústica que veía yo por primera vez, crece allí poco más de dos metros y produce una fruta algo parecida en la forma a la ciruela, pero más áspera y de color morado o amarillo. Ambas variedades son un manjar muy sabroso, cuando se cuecen en almíbar, y es un dulce que por su abundancia se suele servir con profusión en casi todas las mesas.

En el centro del islote hay una fuente de agua potable, única que se encuentra en las cercanías de la capital, que se surte principalmente de la lluvia recogida en grandes aljibes. También existen los restos de un acueducto y de una gran alberca, cuyo fondo

se halla hoy cubierto de juncos y espadañas, y que algún día sirvió de depósito, a donde iban a hacer aguada muchos de los buques que llegaban al puerto. En la actualidad, la fuente sirve sólo para abastecer al pequeño cuerpo de guardia, perdiéndose el sobrante entre las aguas de la bahía.

Después de nuestro paseo, nos sentamos todos en una praderita de césped, que da frente al cuartel, prefiriendo la verde y natural alfombra a cualquier otro asiento, porque en aquel podía tomar cada uno la posición más cómoda, con la franqueza que inspira el campo y la libertad que se disfruta entre personas de buena sociedad, que no hacen gala, fuera de tiempo, de una etiqueta insoportable.

Dos de las señoritas que nos acompañaban cantaron, y por cierto muy bien, una preciosa danza, que los demás bailaron, acompañadas exclusivamente del güiro, instrumento especial, formado de una especie de calabaza de forma cilíndrica y más o menos encorvada, que dejan secar, extrayéndole la simiente por una pequeña abertura, hecha hacia uno de sus extremos, lo cual le da cierta sonoridad, y formando en la corteza y en el mismo lado de la abertura muchas estrías o rayas de algunos milímetros de profundidad, sobre las cuales se pasa con rapidez y acompasadamente un pedazo de alambre algo flexible que produce un ruido monótono pero no enteramente desagradable y que se asemeja mucho al del instrumento análogo, formado de trocitos de caña ensartados paralelamente en una cuerda por ambos extremos, sobre los cuales se pasa con rapidez una castañuela, instrumento conocido en algunos puntos de España con el nombre de carraca, y de carrañaca en otros. En toda la isla el güiro es un instrumento indispensable en cualquier fiesta; acompañan con él el tiple y la guitarra, muchas veces el piano y hasta la orquesta, en medio de la cual se escucha con placer, sobre todo cuando se tocan aires del país, y el que lo maneja sabe dar cierto claro obscuro a aquel sonido monótono, imprimiendo más o menos fuerza al alambre.

Para organizar un baile; para cualquiera fiesta popular, sobre todo en el campo, todos los instrumentos, menos el güiro pueden suprimirse. Su grande y justa popularidad

procede sin duda de lo fácil que es su manejo y lo abundante del material con que se fabrica.

Después del canto y del baile, llegó su turno a la merienda, que fue servida con esplendidez. Allí comí por vez primera dos frutas para mí desconocidas: el mango, de sabor algo resinoso, y la chirimoya, de pulpa blanca y de sabor muy agradable. Cuando concluimos, era ya de noche.

A aquella hora volvimos a embarcarnos para regresar a la capital. Al atravesar la bahía, nos sorprendió un fuerte chubasco, que me dio ocasión a observar un fenómeno para mí nuevo y sumamente curioso. La fosforescencia del mar es allí extraordinaria, y a medida que caían las gotas, de cada una de ellas saltaba como una chispa brillante y movible; de modo que presentaba el aspecto de un mar de fuego más bien que de agua. Todos contemplábamos absortos aquel fenómeno tan bello como sorprendente, y hasta los mismos que estaban acostumbrados a presenciarlo aseguraban no haberlo visto jamás tan variado y magnífico como entonces se nos mostraba.

De vuelta a mi hotel, me vestí apresuradamente para asistir al teatro, donde se representó una mala traducción de una malísima comedia francesa.

#### VIERNES 18 DE FEBRERO

He hecho algunas visitas durante el día. Por la noche hemos leído y cotejado algunas poesías andaluzas y otras en estilo jíbaro, y tienen una extraordinaria semejanza, no sólo en los giros del lenguaje, sino en las metáforas e hipérbolos empleadas por unos y otros y hasta en la brillantez de las imágenes. El jíbaro puertorriqueño, que es en esencia el campesino acomodado de Andalucía, es como él decididor y rumboso; tiene en reserva chistes, cuentos y oportunidades para todas las circunstancias, y posee también, como principales cualidades, un gran idealismo y una sensibilidad muy exquisita.

## SABADO 19 DE FEBRERO

A causa de haberme mojado anoche con una ligera llovizna, estando sudando, me he sentido hoy ligeramente indispuesto con bastante dolor de cabeza y una modorra invencible. No he salido de mi habitación y he recibido sólo a algún amigo de mucha confianza.

## DOMINGO 20 DE FEBRERO

A beneficio de unos medicamentos que tomé ayer, me he despertado hoy completamente bueno. Después de almorzar, mis amigos se han empeñado en llevarme al campo a dar un paseo en carruaje, y he accedido con gusto. Hemos llevado las escopetas para hacer más ameno el camino, y desde el coche hemos muerto algunos pájaros de los pocos que aquí se encuentran. Entre ellos había de tres clases: unos llamados pitirris de especie muy parecida a nuestro alcaudón real; otros, judíos del tamaño de un mirlo, como él de un negro brillante y con el pico del tamaño y la forma de una almendra en posición vertical. Aunque las dos especies son insectívoras, creen allí que también se alimentan de vegetales cuando escasean los insectos. Otros eran unas tortolitas pequeñas, poco mayores que un gorrión, pero con todos los caracteres de nuestras tórtolas campesinas. El camino que llevamos fue el de Río-piedras, único por donde se puede salir en carruaje. Pasamos por este pueblecito sin detenernos y fuimos a una hacienda próxima, donde por primera vez vi varios grupos de bambúes. Esta gramínea gigantesca, muy abundante en el país, se da principalmente en terrenos húmedos, sobre todo en las orillas de los arroyos, y como nuestra caña ordinaria, se reproduce por la raíz en grupos apiñados. Los que vi formaban una elevada y ancha bóveda sobre un manantial y un baño, cuyas rústicas paredes se hallaban naturalmente tapizadas de grama. Aquella inmensa gruta, donde no penetraban los rayos del sol a ninguna hora, nos convidaba con su frescura, y nos sentamos allí a descansar un rato, observando que algunos troncos de aquella colosal gramínea tenían de diámetro más de quince centímetros y que su agrupación era tan compacta, que formaban un verdadero muro alrededor de la fuente. Su corteza en el

primer año es de un verde esmeralda muy agradable; al segundo, toma un tinte mucho más oscuro y concluye con un pardo amarillento, color que suele conservar hasta que se seca y aún después de cortada. Como es mucha su dureza se la emplea con ventaja en la construcción de chozas o bohíos, que constituyen generalmente la habitación de los negros en el campo, y tienen además otras muchas y utilísimas aplicaciones. En este día vi también algunas vegas de tabaco verde y otras de caña ya en disposición de ser cortada para la extracción del azúcar.

Luego fijé mi atención en el cafeto, bellísimo arbusto del cual cogí algunas frutas maduras, que son como una especie de cerezas, de un rojo claro, dentro de las cuales está la semilla, que después de lavada y seca se entrega al comercio y constituye una de las principales riquezas de la isla. A la caída de la tarde volvimos a la ciudad, comimos y descansamos, y luego fuimos juntos al teatro, donde vimos la comedia de Narciso Serra, D. Tomás, medianamente ejecutada.

#### LUNES 21 DE FEBRERO

Mi amigo don Tadeo Feijoo, que ha estado algunos días en San Thomas, ha vuelto de aquella isla, y me ha presentado a un joven español, granadino, que hace algunos años reside en las Antillas, dedicado a negocios, y que le ha acompañado en su viaje. Al pasar junto a la isla Culebra, que se halla entre Puerto Rico y San Thomas, pero mucho más cerca de esta última, han concebido un gran proyecto, que han venido a consultarme. Consiste éste en pedir al Gobierno español, en condiciones favorables para el Estado, la adjudicación de la isla, que tiene más de tres leguas de largo por una de ancho; que abunda mucho en leña y en maderas, que hoy aprovechan sólo algunos vecinos de la de San Thomas.

#### JUEVES 24 DE FEBRERO

He visitado el colegio y el Seminario dirigido por los Padres Jesuitas, donde se da la primera y segunda enseñanza.

El Padre Santos, rector del mismo, ha tenido la amabilidad de acompañarme a todas las dependencias. Hay sesenta alumnos internos. Todo respira orden y limpieza. Tienen una biblioteca reducida, pero bastante completa, en cuanto a Autores clásicos de todas épocas y naciones, y un pequeño museo de historia natural, bastante para que los alumnos conozcan prácticamente los rudimentos de los principales ramos de estas ciencias. Se echa mucho de menos (cosa extraña) los aparatos para el estudio de la física experimental y la química, hoy tan indispensables. El museo es también muy pobre en antigüedades de la isla. Sólo hay algunos pequeños ídolos y algunos collares, todo de piedra, de los primitivos habitantes. En armas y herramientas de trabajo de la misma época no hay más que cuatro flechas y algunas hachas de sílice. La colección de maderas de la isla es a mi juicio muy incompleta, según las noticias que tengo adquiridas. Lo mismo sucede con la flora y la fauna.

Esta noche se ha puesto en escena el drama francés Dalila, medianamente ejecutado. Esto y el excesivo calor que ya se siente, empieza a retraer al público de este espectáculo.

#### VIERNES 25 DE FEBRERO

Hemos empezado a ensayar mi drama El lobo del redil. Veremos el partido que se puede sacar de los actores. Sentiría que el éxito no correspondiera a las esperanzas que la prensa de la localidad ha hecho concebir al público con los elogios que me ha tributado.

He remitido a la Sociedad de Amigos del País un ejemplar de mis obras para su biblioteca.

## SABADO 26 DE FEBRERO

He hecho y recibido algunas visitas durante el día. A la noche he asistido al teatro, donde a beneficio de la primera actriz Da. Adela Robreño, se ha puesto en escena el drama Camoens, original del señor Tapia y Rivera, poeta puertorriqueño. Lo principal de la concurrencia era de criollos que convirtieron en una manifestación de otro carácter (al decir de los particulares) la ovación artística tributada a la obra y a la beneficiada, también cubana. El drama es menos que mediano, y por todas partes deja traslucir la inexperiencia del autor, por el diálogo poco dramático, por sus situaciones falsas y muy desleídas y por su afán de imitar algunas obras de nuestro repertorio romántico. Dicen, sin embargo, que es uno de los escritores más brillantes de la isla y que tiene trabajos de más importancia. Procuraré conocerlos. El éxito, sin embargo, fue lisonjero para el autor y la beneficiada. Esta última recogió larga cosecha de flores y algunos versos que conservo. Como aquí todo el mundo versifica mejor o peor, o versa, como ellos dicen, la Robreño recibió dentro de una cajita muy elegante una poesía deliciosa, digna de nuestro célebre Estrada, que el mismo autor (hombre de color) entró a ofrecerle con la ingenuidad de un niño.

## DOMINGO 27 DE FEBRERO

Hoy es primer día de carnaval. Aquí no se conoce en nada. La población tiene el mismo carácter que los demás días. Este ha sido para mí muy triste pues lo he pasado sin salir del hotel, acordándome de mi familia.

## LUNES 28 DE FEBRERO

Hoy hemos esperado en vano el vapor de España. Sólo ha venido el de la Habana con noticias poco importantes. He estado a visitar al Capitán general y me ha dicho que se han firmado en Nueva York los preliminares de la paz entre España y las repúblicas del Pacífico.



La guerra de Cuba, aunque agonizante en apariencia, sigue sorda y despiadada. El asesinato está a la orden del día. ¿No hay manera de extinguir el odio que produce la guerra? ¿Nuestras Antillas estarán perdidas para la madre patria? ¿Estaremos sentando las mismas premisas que en nuestras antiguas posesiones del continente, y obtendremos las mismas consecuencias? ¡Pobre España!

Al regresar a mi hotel, a las doce de la noche, acompañado de un amigo, llamó nuestra atención una música ruidosa y lejana. Era un baile de negros, que se celebraba al final de la calle en una casa baja alquilada al efecto. Nos acercamos atraídos por la curiosidad, y siendo conocidos de mi amigo, se nos invitó a que entrásemos y después a presidir la fiesta.

El espectáculo tenía para mí una novedad encantadora. En la casa habría unas doscientas personas de color, de ambos sexos, jóvenes en su mayor parte, muchos negros y pocos mulatos. El baile tenía todas las apariencias de un baile aristocrático en parodia. Los negros de frac, corbata y guante blanco; las negras en traje de sociedad, unas con enormes colas, otras con trajes caprichosos en la forma y de abigarrados colores; pero todas de guante blanco y en extremo descotadas. Aquellas figuras me hacían el efecto de las negativas fotográficas.

La atmósfera impregnada de diferentes perfumes, entre los cuales sobresalía el olor característico del sudor del negro, se hacía casi irrespirable. No obstante, tuvimos que aceptar un sitio de preferencia en el salón y presenciamos varias danzas del país y bailes de sociedad como rigodón, wals y lanceros, corregidos y aumentados con figuras nuevas inventadas por Santiago Andrade, director de la fiesta, cuyos gastos eran en su mayor parte costeados por él en celebración de haberle caído en suerte 2.000 pesos a la lotería.

Santiago Andrade es un negro retinto, joven, vigoroso, de no escasa inteligencia y de modales finos en su clase. Ejerce el oficio de carpintero; es un buen muchacho, y las negrillas todas le ponían buena cara, en cuanto dependía de ellas. Los demás jóvenes

de color eran también artesanos en su mayor parte. Andrade estuvo con nosotros agasajador y en extremo obsequioso, hasta el punto de invitarnos a que bailásemos con las negritas, cosa en ellos no muy frecuente. Después nos hicieron pasar al ambigú, donde se sirvió con profusión el maderera, el champagne y la cerveza del norte, a que son muy aficionados, sin que faltasen refrescos de grosella y almendra y agua con panales. Sirvióse también una especie de empanadillas, que dijeron ser de carne, y un guisado especial con mucha salsa, formado de plátanos y carnes diferentes, constituyendo todo una masa, hecha sin duda en almirez o mortero, en que las sustancias batidas y mezcladas adquieren la consistencia de una masa dura, de la cual hacen bolas del tamaño y forma de un huevo de pava. Esto lo sirven en platos hondos con una cantidad de salsa considerable, y muy caliente, y le dan el nombre de mofongo. So pretexto de una leve indisposición pude librarme de comer y de beber como me había librado, poco antes, de bailar, no obstante que me ofrecían por pareja una muchacha que se puede decir que era la reina de la fiesta. Llamábase aquella muchacha Juanita, era hija de jíbaros, y sus padres vivían de su trabajo. Juanita tendría unos 17 años, era de estatura más que mediana, esbelto talle, elegantísimas formas y delicadas facciones. Su tez, aunque oscura, no era enteramente negra; tampoco tenía el color aceitunado de los mulatos; su color era más bien el de la raza primitiva del país; esto es, bronceado oscuro, pero de una tersura y una transparencia admirables. Sus ojos rasgados y negros brillaban con el fuego africano, sus labios se entreabrían para dejar escapar una sonrisa deliciosa y en la morbidez de sus hombros, en las suaves y graciosas líneas que dibujaban su garganta y su espalda y pecho, mal velados por el ligero y blanco tul que le servía de adorno, recordaban ventajosamente para ella, las formas de la Venus de Milo vaciada en bronce, animada por un poder sobrenatural y más perfecta que aquella aun antes de haber sido mutilada.

Yo, que no he sido nunca grande amigo de Terpsícore, me excusé con mi indisposición, y dirigiéndole cuatro frases galantes, la dejaron satisfecha y a mí honrosamente disculpado.

Mientras hablaba con ella y escuchaba su voz dulce y argentina, observé que se le habían roto los guantes, y que esto la contrariaba. Entonces le ofrecí los míos, que, aunque no blancos, eran de un medio color bastante claro; y después de calcular con una mirada si era mi mano tan pequeña que pudieran servir para las suyas, los aceptó con efusión y corrió a mostrar a sus amigas los guantes españoles, que parecían hechos para ella.

Varias cosas llamaron profundamente mi atención en el baile: el orden admirable que reinó en él, sin alterarse un solo minuto; el respeto y consideración (que por lo exagerado tenía mucho de cómico) manifestado en las frecuentes cortesías y cumplimientos que por todas partes se cruzaban; la ligereza de que algunos hacían alarde en sus movimientos, y sobre todo la gravedad con que todos desempeñaban su papel de señores.

Tanto ellos como ellas llevaban en su prendido u adorno algunas joyas de valor. Hasta en eso se distinguía Juanita de sus compañeras. Su traje se componía de una sencilla falda corta de tela blanca y ligera con pabellones cogidos con flores; sobre aquella falda, que dejaba ver el principio de una pierna formada a torno, caía otra más corta, azul, con prendidos iguales a los de la primera, y unos bullones de tul blanco cerrando el descote. El adorno de su garganta, de sus brazos y de su cabeza, cuyo cabello rizado estaba muy lejos de ser la áspera lana del africano, consistía en guirnaldas de pequeñas flores de imitación, que realzaban más aquella tez deliciosamente bronceada.

A las cinco de la mañana nos retiramos del baile, con disgusto de aquellas buenas gentes, que no se habían cansado de obsequiarnos.

#### MARTES 1o. DE MARZO

Hoy hemos esperado con ansia el vapor español, inútilmente. He ido con el general Palanca y su sobrino Nevado, a Cangrejos, pueblecito distante media legua, donde se

hallan la generala y su familia. La casita de campo en que viven es deliciosa con un gran jardín lleno de flores, calles de cocoteros, cenadores sombríos y a la espalda la tranquila playa con un baño espacioso e incitante.

Esta noche se ha representado El Trovador en el teatro. Lo he visto con tanto gusto como la primera vez y he saboreado los inimitables versos de García Gutiérrez.

#### MIERCOLES 2 DE MARZO

Hoy es miércoles de ceniza. ¡Cuánto me he acordado de Madrid y de la Pradera del Canal! Aquí el carnaval ha pasado completamente desapercibido.

He visto una riña de gallos por primera vez. Aquí hay una afición decidida a esas luchas y se atraviesa en apuestas cantidades enormes.

#### JUEVES 3 DE MARZO

He pasado el día escribiendo a la familia y a los amigos. Por la noche hemos ensayado mi drama El Lobo en el redil que debe representarse pronto.

#### VIERNES 4 DE MARZO

Hemos ensayado día y noche mi drama, que al fin he conseguido que tome algún color en las escenas más importantes.

#### SABADO 5 DE MARZO

Hoy por la mañana se ha embarcado para Santiago de Cuba y la Habana mi amigo D. Tadeo Feijoo. Le he acompañado hasta dejarle a bordo del "Darién" (vapor francés) que se ha hecho a la mar a la una de la tarde. Después, sabiendo por algunos amigos que en el estreno de mi obra, que es esta noche, trataban de pedirme que leyera o

recitara algunos versos, no he querido que me encontraran desprevenido, y me he puesto a concluir una que tenía empezada Al Nuevo Mundo, y al fin la acabé, a las 8 de la noche. A las 9 me fui al teatro. Habíase representado ya el acto primero y se había aplaudido mucho. Los dos restantes tuvieron el mismo éxito, y al final me llamaron a la escena con verdadero entusiasmo, me arrojaron coronas y ramos de flores y repartieron con profusión ejemplares de las piezas adjuntas. Después leí, a petición del público, mis versos, y entonces los aplausos y bravos fueron verdaderamente frenéticos, llamándome repetidas veces a la escena. Ha sido una ovación tan cordial, tan espontánea y tan grande, que no se borrará nunca de mi memoria. Los mayores triunfos conquistados en Madrid por mis modestas obras me parecen ahora pálidos en comparación del de esta noche. Todos los amigos han subido a felicitarme y muchos de ellos me han acompañado hasta mi hotel, a la una de la Noche. He aquí las poesías:

#### AL NUEVO MUNDO

América; salud: ya el Océano  
Con su abismo insondable me separa  
De mi querido hogar. Hondo suspiro,  
Al preludiar, de mi laúd se arranca;  
Enjuga tú la lágrima primera  
Que consagro al recuerdo de la patria.  
¡Cuán lejos está ya! Pero, ¿Qué importa  
Si una noble ambición mi pecho inflama?

El rumor de la lucha, en que se agita  
La vieja Europa con mortales ansias,  
No llega ya hasta mí, que sosegado  
El perfume respiro de otras auras.  
Ábreme ¡oh mundo de Colón! tus puertas;  
Préstame ¡oh musa! tus brillantes galas,  
Para dar vida y forma al pensamiento

Que en mí germina y por salir batalla.

Hubo un tiempo en que, absorta el alma mía,  
En esas horas de delicias vagas,  
En que parece que la vil materia  
Sublimado el espíritu rechaza,  
Presa de ardiente afán, en ella innato,  
Mil veces hasta aquí tendió sus alas.  
América: tu nombre en mis oídos  
Como un eco divino resonaba,  
Cual si de otra existencia muy remota  
Goces, perdidos ya, me recordara.

En mi sueño te vi; pero aquel sueño,  
Repetido y tenaz, que me embargaba  
Una vez y otra vez, sin darme treguas,  
No era el sueño fugaz que nos engaña  
Con la imagen que cruza en nuestra mente  
Y se pierde en el seno de la nada;  
Era... la realidad, que hoy ven mis ojos  
Cual mi espíritu ardiente la soñaba.

Yo adiviné las cristalinas ondas  
Que humildes besan tus rientes playas;  
Yo admiré en tus fértiles llanuras  
La extensión prodigiosa y solitaria;  
Yo penetré en tus bosques seculares;  
Yo a la cumbre subí de tus montañas,  
Y ante su augusta majestad absorto  
Mi vacilante fe vi reanimada.

La furia de tus mares, agitados  
Por el rudo aquilón, las encrespadas  
Olas, que en su revuelto torbellino  
Al alto firmamento amenazaban,  
Estrellarse las vi contra las rocas  
Que su furor, inmóviles, contrastan.

La lumbre me abrasó de tus volcanes;  
Mis pies hollaron su encendida lava,  
Y agitóse la tierra estremecida,  
Y hondo abismo se abrió bajo mis plantas...  
Y no temblé. La voz de mi destino  
Hacia ti inexorable me arrastraba,  
Suelo de bendición, en que el poeta  
Su inspiración purísima agiganta.

Heme aquí. Con los brazos extendidos,  
De fraternal amor henchida el alma,  
Y vertiendo los ojos dulce llanto,  
Me presento en la tierra americana;  
Pero no soy un hombre: ¿Qué es un hombre  
Ante la humanidad? Yo soy la España,  
Que iluminada por la nueva idea  
Y a su intenso calor regenerada,  
El ósculo de paz viene a ofrecerte  
Con el amor dulcísimo de hermana.  
¿Lo podrás rechazar? No, no es posible!  
No son tus hijos de la impura raza  
En que brota el rencor y vive eterno.  
Tienen con sangre noble cuna hidalga,  
Y el que hidalgo nació la mano tiende

Y al favor del amigo se adelanta.

Huya de entre nosotros la discordia  
Con su horrible cortejo de fantasmas,  
Cuyo aliento mefítico envenena  
Y toda idea generosa mata;  
Y amanezca la aurora, que a los pueblos  
Alumbrará en su unión perenne y santa.

Y tú, bella Borínquen, que adormida  
Sobre un lecho de perlas y esmeraldas,  
Has escuchado los primeros cantos  
De mi tierno laúd; tú, que tan gratas  
Has hecho para mí las breves horas  
Que en tu divino Edén llevo pasadas,  
Abre a mi voz tu corazón ardiente  
Como el sol puro que tus campos baña,  
Y el eco de mi lira no se pierda  
Entre el murmullo que tu mente exalta.

Donde vierte sus dones a raudales  
El supremo Hacedor; donde las auras  
Sobre alfombras de flores se deslizan  
Y el ambiente purísimo embalsaman,  
Y común patrimonio es el talento,  
Y la mujer con su belleza encanta,  
Hay tesoros de amor, que en vano oculta  
Niebla sutil, como su origen, vaga,  
Y que a un soplo del santo patriotismo  
Queda, cual humo leve, disipada.



Tú, la madre de insignes trovadores,  
Inspírales la fe que hay en mi alma,  
Para que llenen la misión divina  
Que al genio cumple y su deber reclama.  
Ayúdenme sus arpas en la empresa  
De ventura y de amor que a ti me lanza;  
Y este dulce recuerdo, que a tu suerte  
Liga mi corazón, prenda sagrada  
De eterna gratitud para mí sea,  
Y para ti de dicha y bienandanza.

#### POESIA

Del joven D. José Gautier Benítez  
AL INSPIRADO AUTOR DRAMÁTICO  
D. JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

Salud al inspirado peregrino  
Que abandona las playas del oriente,  
Y dirigiendo el rumbo al Occidente  
Va regando con flores su camino.

¡Hermosa idea!, Trovador errante,  
De tu genio feliz, grande y fecundo,  
Unir el nuevo, y el antiguo mundo  
Sobre las ondas del airado Atlante.

¡Oh, arrancarán del mundo la corona  
En las artes, la ciencia y la poesía,  
La gloriosa nación del medio día  
Y el noble pueblo de la ardiente zona.

Y premiando tu afán y tus canciones  
Entrambos pueblos formarán un canto,  
Un himno eterno, melodioso y santo,  
En el libro inmortal de las naciones.

Mientras llega esa aurora refulgente  
Sigue en la escena popular triunfando,  
Y sigue a Puerto Rico arrebatando  
Tras el vuelo inspirado de tu mente.

Que a todo un pueblo con sublime acento  
Dice el genio en su noble poderío,  
"Yo te obligo a reír, cuando yo río,  
Yo te obligo a sentir, cuando yo siento".

#### POESIA

De la Sra. Da. Alejandrina Benítez y de Arce de Gautier

AL EMINENTE POETA

DON JOSE MARIA GUTIERREZ DE ALBA,

EN EL ESTRENO DE SU DRAMA

EL LOBO EN EL REDIL

Ondas de luz, y música sonora,  
Torrentes de perfume y de armonía,  
Roben su encanto a la celeste aurora  
De tu cielo feliz, ¡Oh Patria mía!

Si no se escucha el melodioso acento  
De las aves que pueblan tu enramada,

Llene el espacio y vagoroso viento  
El eco de tu cítara inspirada.

No te detenga el poderoso brillo  
De un Genio de la escena soberano,  
Si es tímido tu canto por sencillo  
Grande es tu corazón americano.

Grande y sensible a la belleza augusta  
De la moral unida a la armonía,  
¡Quien de ese encanto celestial no gusta  
No conoce el amor ni la poesía!

Ni cultivó jamás del sentimiento  
Esa flor que del alma pura arranca,  
Y al soplo creador del pensamiento  
Levanta al cielo su corola blanca.

Salve, Gutiérrez! salve! tú el primero  
Del Guadaira en las márgenes galanas,  
Al arte le marcaste el sendero  
Que la virtud y gloria muestra hermanas.

La cien ceñida de laurel glorioso,  
Y en la española escena, grande y rico,  
Hoy nos honras cual huésped generoso,  
Y celebra tu triunfo Puerto-Rico.

La virgen de su aurífera montaña  
Teja de palmas inmortal corona,  
Y tú, hijo predilecto de la España,

Acepta el lauro de la ardiente zona.

LUNES 7 DE MARZO

Para esta noche he sido invitado a una soirée especial, dada en mi obsequio por la familia Pagani, que es una notabilidad en su género.

Don Julián Pagani, hombre de color puro muy bien relacionado y de gran prestigio en la isla, tendrá unos 60 años, es alto, robusto y de una fisonomía franca e inteligente. Su profesión es la de maestro de obras, y a fuerza de laboriosidad y de ingenio ha llegado a reunir una modesta fortuna, que le permite vivir con cierto desahogo y hasta si se quiere con lujo, atendida su clase. Este hombre, que profesa a los españoles un gran cariño y un gran respeto, se cree completamente feliz, cuando puede obsequiar de alguna manera a cualquier persona notable que visita la capital de la isla. ¿Y quién se niega a una invitación de Pagani, cuando se sabe la cordialidad con que ha sido hecha y que en su casa se va a disfrutar de un espectáculo nuevo, agradable y curioso? Por mi parte debía asistir con tanto más razón, cuanto que la fiesta se daba, como dije antes, en obsequio mío. Nos dirigimos, pues, a la casa del señor Pagani a las 8 de la noche, acompañándonos un caballero inglés, compañero de hotel, llamado Mr. Baall, persona muy respetable, que ejerce el comercio en la isla. Subimos a un piso principal, donde habita Pagani en casa propia, y éste salió a recibirnos a la antesala con la más fina cortesía. Introducidos por él en un saloncito donde había como principal adorno dos buenos pianos de cola, fue presentándome sucesivamente todos los personajes de su interesante familia, compuesta de tres hijas, casada la una y dos aún solteras, y otras dos jóvenes, hijas también adoptivas, pero que ocupan en todo el mismo lugar que las demás, porque el Sr. Pagani, hombre de gran corazón y en extremo humanitario, ha recogido aquellas dos jóvenes desgraciadas, huérfanas de dos amigos suyos, y las considera, las educa y las trata como a las propias. Este solo rasgo basta para hacer simpático al hombre.

Pascasia, que es la hija mayor, está casada con un joven, secretario del Ayuntamiento de Río-Piedras, y es el tipo de la mulata sentimental; Teodora, la segunda, de un color negro más pronunciado, es de estatura elevada y esbelta, con las facciones características de su raza y de una gravedad no muy común en ella. La tercera, que se llama Joaquina, es una muchacha de diez y ocho años, de pequeña estatura, y aunque negra también como su hermana, tiene facciones mucho más regulares, es airosa en extremo, y en sus ojos se ve la expresión ardiente del tipo africano. Las otras dos jóvenes son casi blancas y de un tipo semieuropeo.

Cuando entramos en el salón, ya se hallaba éste ocupado no sólo por la familia Pagani, sino por varios jóvenes del país, casi todos de raza blanca, y dos cantantes italianos, residentes a la sazón en Puerto-Rico, y que habían sido invitados para dar más amenidad a la fiesta. Mi amigo Mr. Baall y yo, como personas de más edad y respeto, fuimos colocados en el sitio de preferencia, y en el instante uno de los jóvenes se levantó, dio el brazo a Joaquinita y la condujo con toda ceremonia al lado del piano, donde preludiaba ya con bastante destreza su hermana Pascasia. La negrita cantó con un estilo singular un aria en italiano; aplaudimos todos a la artista, pero ésta volvió disgustada a su asiento, porque en la ejecución no había quedado muy satisfecha de su garganta. Yo traté de hacerle comprender que estábamos todos muy complacidos; mas no pude convencerla, y me aseguró llena de pesar que, por querer hacerlo mejor, era aquella la vez en que peor había cantado en toda su vida. Después de Joaquina salió a cantar Teodora, y cantó también en italiano una romanza de no sé qué ópera, con el mismo estilo que su hermana; esto es, alternando el falsete en las notas agudas con la voz llena y casi varonil en las notas graves. Después cantó Carmen un trozo de la zarzuela Jugar con fuego, y con una romanza del Trovador cantada por el tenor Bianchi concluyó la primera parte de la función entre bravos y palmadas, para dar lugar a un entreacto de cerveza y de tabacos de Comerío.

El acto segundo fue para mí más sorprendente, y no olvidaré nunca el carácter de originalidad con que la familia Pagani se presentó a mis ojos.

Las niñas de Pagani son todas músicas, y entre ellas solas componen una orquesta. Teodora toca el violín, Joaquina la flauta, Pascasia el contrabajo y Carmen el bombardino. Provista cada cual de su instrumento, así como los jóvenes del país que tocaban también violín y flauta, se dio principio a una Obertura de un músico Puertorriqueño, cuyas dotes deben ser grandes, según que era por todos celebrado, pero yo, como profano, no pude comprender las bellezas de la pieza y me contenté con creerla inmejorable por el testimonio de los demás concurrentes.

El espectáculo era para mí tan nuevo, que más de una vez la risa debió aparecer en mis labios, haciendo dúo a la del señor Pagani, extraordinaria y muy justamente excitada por la habilidad de sus niñas. Si yo hubiera podido trasladar la escena íntegra al teatro de Arderius, estoy seguro de que el público de Madrid se hubiera chupado los dedos de gusto y el éxito hubiera sido estrepitoso.

Concluida la Obertura entre bravos y palmadas, el piano volvió a recobrar su perdido imperio, cantó Joaquina La Naranjera, canción andaluza, con bastante gracia; después ella y Teodora nos hicieron escuchar algunos cantos del país, entre los cuales hubo una guaracha con mostaza fina, y un señor llamado Bazo cantó también a la guitarra algunas coplas de jaleo y otras de malagueñas de un color bastante subido.

En esto eran ya cerca de las 12, y cuando pensábamos en retirarnos, el señor Pagani nos suplicó que lo acompañásemos, porque tenía la cena dispuesta. No había medios de evadirse, dimos el brazo a las damas y pasamos al comedor.

Componíase la cena de un jamón cocido, aceitunas negras en salmuera y queso del país con la cerveza y el vino catalán alternando en frecuentes libaciones. Yo, que no acostumbro a dar que trabajar a mi estómago a tales horas, y menos aún con manjares de digestión tan problemática, quise excusarme en un principio; mas, por no ofender la susceptibilidad de la familia, tomé un par de cada cosa. ¡Condescendencia inútil! Aquello no bastaba para satisfacer a mi anfitrión, y él y después todos los individuos de su interminable prole, acudieron en mi obsequio cada cual con una fineza, que no

hubo medio de desairar, resignándome al cabo a contraer una indigestión por no causar entre aquellas buenas gentes un gran disgusto.

Concluida la cena, se apeló a un medio ingenioso para ayudar a digerirla. Sonó en el piano una alegre danza y todo el mundo se puso en baile, hasta mi respetable amigo Mr. Ball, que sin duda adoptó el recurso como medida higiénica, aunque en los obsequios había sido más afortunado que yo y por consiguiente había comido menos.

Yo permanecía tranquilo fumando, y el dueño de la casa, creyendo sin duda que tomaba aquellos momentos de reposo para disponerme mejor a entrar en danza, vino a sentarse a mi lado y a preguntarme cuál de sus hijas merecería el alto honor de que yo bailase con ella. Aquí fueron mis apuros, para confesar mi completa ineptitud para aquel agradable ejercicio. La incredulidad primero y después el asombro se pintaron en el rostro de mi invitante, que, a pesar de mis protestas, no acababa de comprender cómo un hombre de mis circunstancias podía haber pasado la vida en buena salud, sin tributar alguna vez culto a la divinidad que proporciona a la especie humana sus más inefables goces. Yo estaba verdaderamente aturdido, no sabía qué responder a sus fundadísimos cargos; y el buen Pagani se condolía de mi situación de la manera más cordial del mundo. Los brazos de Joaquina se dirigían hacia mí como su mirada incitadora; el ejemplo de todos mis amigos, principalmente el grave y respetuoso inglés, y por último el considerar que aquello podía ser hasta un buen digestivo, me decidieron al fin, y me lancé en brazos de Terpsícore, personificada para mí en una africana de diez y ocho años, y di, danzando con Joaquina, varias vueltas al salón, llevando el compás provocativo y hasta sedicioso. Todos debieron comprender lo que tenía de heroica mi resolución, porque la aplaudieron calorosamente y sin reserva. Sólo yo, al retirarme a mi asiento, sentí una especie de rubor, como si hubiese cometido alguna falta grave, y es que la virginidad, de cualquier género que sea, no se pierde nunca sin experimentar remordimientos.

Después de la una de la madrugada nos retiramos al hotel agradecidos en extremo a la cordialidad del señor Pagani y su familia, que no quedaron menos agradecidos que nosotros.

Como complemento del carácter de Pagani, refiérese aquí un hecho muy significativo. Siendo un hombre cuyo prestigio con la clase de color es muy grande, en los momentos en que algunos insulares hijos de españoles y por consiguiente blancos, trabajaban para producir un movimiento separatista, creyendo a Pagani un elemento indispensable, fue una comisión a avistarse con él y explorarlo. -Necesitamos de usted, le dijeron, para libertarnos del yugo de España. ¿Nos ayudará Usted con el prestigio de su nombre? La contestación de Pagani fue breve y expresiva. -"Ustedes no cuenten conmigo, porque yo no soy traidor para aquellos a quienes lo debemos todo. Yo sí cuento con Uds., que al trabajar en ese sentido, trabajarán en mi provecho. La clase de color es aquí infinitamente más numerosa que la blanca, y si los malos hijos de españoles llegaran alguna vez a triunfar de éstos, sería sólo para caer en poder de la raza africana; y entonces, Pagani sería, como más fuerte, el presidente de la república puertorriqueña". Dicho esto, volvió la espalda con desdén a los conspiradores, y se presentó al General ofreciéndole estar a sus órdenes con 200 negros decididos, en el momento en que de él se necesitara, sin revelar, no obstante, el nombre de ninguno de los conspiradores que con él se habían avistado.

#### MARTES 8 DE MARZO

Si yo fuera rico, antes de salir de esta ciudad, dejaría una limosna para los pobres, valiéndome de un medio desconocido e indirecto. Pero no disponiendo de recursos propios, me he propuesto organizar una función de teatro, cuyos productos se destinen a las causas de beneficencia. En esta función deben tomar parte los aficionados a la declamación que hay en Puerto-Rico, el señor Bianchi y su esposa, cantantes de profesión, y la compañía del señor Robreño. Además se leerán poesías, para dar más amenidad al acto.



### MIERCOLES 9 DE MARZO

Hoy se ha publicado en los dos periódicos de la isla mi poesía Al Nuevo Mundo. Además, el Porvenir ha hecho de ella una edición especial que me ha regalado, distribuyendo ejemplares entre sus amigos. La idea de una función teatral para los pobres ha sido acogida con gran entusiasmo.

### SABADO 12 DE MARZO

He empezado a ensayar a los aficionados mi proverbio El que ama el peligro, para que lo ejecuten en la función antes indicada. No tienen grandes disposiciones, pero su docilidad y su buen deseo suplirán la escasez de facultades. Por la noche he asistido al teatro, donde se ha puesto en escena la comedia de Larra, Bienaventurados los que lloran, y la pieza traducida en verso por Camprodón, Asirse de un cabello. Ambas han sido regularmente interpretadas y muy bien recibidas del público.

### VIERNES 18 DE MARZO

Hemos terminado los ensayos de la función consagrada a la beneficencia. Los jóvenes aficionados han hecho todos los esfuerzos imaginables para salir airoso de su empeño, y creo que podrán conseguirlo. La función debe ejecutarse mañana, día de mi santo. Deseo leer durante ella algunos versos, que manifiesten mis simpatías hacia esta isla hospitalaria, y sean para sus habitantes un objeto de recuerdo y una prenda de mi cariño. Voy a escribir mi Despedida.

### SABADO 19 DE MARZO

Antes de acostarme dejé anoche terminados mis versos con el título de Adiós a Puerto Rico. Hela aquí tal cual brotó de la pluma. No he querido hacer en ella correcciones, que alteren su forma, porque no pierda el sello de espontaneidad, que es acaso la única belleza que la puede hacer recomendable.

## ADIOS A PUERTO RICO

Tras un día y otro día  
En que mi nave ligera,  
Con sólo el imán por guía,  
Tenaz su rumbo seguía  
Sobre la movable esfera,

¡Tierra! una voz exclamó,  
Y entre la bruma flotante  
Tu sierra se dibujó  
Que en mí el recuerdo evocó  
De otra sierra muy distante.

Mas ya el buque presuroso  
A tus costas se aproxima,  
Y entre asombrado y gozoso  
Admiro el bosque frondoso  
Que tu belleza sublima.

A tan grata aparición  
Mi entusiasmo se despierta,  
Y es tal mi fascinación,  
Que el labio a expresar no acierta  
Lo que siente el corazón.

Lucha quimérica y vana  
En que jamás vence el hombre;  
Porque en explicar se afana  
Lo que no habrá lengua humana  
Que le dé forma ni nombre.

Era tal el ansia mía  
Por pisar tu fértil suelo,  
Qué envidia el ave tenía,  
Por ver como ella tendía  
Hacia ti su raudo vuelo.

Llegué y el rayo esplendente  
Del sol, que tus campos dora,  
Bañó en su fuego mi frente  
Y sentí la llama ardiente  
De inspiración creadora

Crucé las ondas serenas  
De tu espaciosa bahía,  
Tus enramadas amenas,  
Tus verdes montañas llenas  
De encanto y de poesía;

Y tu campiña al cruzar,  
Desde lejos admiraba  
Tu belleza singular,  
Que su perfil dibujaba  
Sobre las ondas del mar.

La tarde que iba velando  
Tus inciertos horizontes,  
Las tórtolas arrullando,  
Y el sol, que se iba ocultando  
Detrás de los altos montes,

Y la brisa que vagaba  
Alrededor de mis sienes,  
en mi oído murmuraba:  
"Cuanto tu mente soñaba  
Aquí realizado tienes".

Llegó la noche sobria,  
Y, entre el confuso rumor  
Que al cielo la tierra envía,  
Con tierna melancolía  
El alma elevé al Señor.

En tan inefable encanto,  
Lleno el corazón de fe,  
Brotó a mis ojos el llanto  
Y para entonar mi canto  
Mi amada lira pulsé.

Mi acento te hice escuchar;  
A América saludaba,  
Y en mí quisiste premiar  
Lo que en mi propio cantar  
Tu sentimiento expresaba.

Y para hacer más completas  
Demostraciones tan fieles,  
Me diste, a tu amor sujetas,  
Las galas de tus poetas,  
Las flores de tus vergeles.

¡Qué elocuente inspiración!

Por más que a extraño no cuadre,  
De España es tu corazón;  
De España... y tienes razón;  
¡No la has de amar, si es tu madre!

Ella, que tu bien anhela,  
Pudo engañarse, en buena hora;  
Pero hoy tu amor la desvela,  
Y tu dicha la consuela,  
Y por tus desgracias llora.

¡Ah! qué hijo tan desalmado  
¿Se puede en el mundo hallar,  
Que, en leve ofensa escudado,  
El rostro vuelva a otro lado,  
Viendo a su madre llorar?

¡No serás tú, por mi vida!  
Del bueno con la aureola  
Llevas la frente ceñida.  
No puede ser parricida  
Quien tiene sangre española.

Tú que humillaste el pendón  
De la Holanda y de la Francia,  
Y a la soberbia Albión  
Venciste con la arrogancia  
Del castellano león,

Tú, noble y leal Antilla,  
Que en los mares de occidente,

Donde el sol más puro brilla,  
Alzaste altivo, esplendente  
El lábaro de Castilla.

No puedes, no, renegar  
De tu clara y limpia historia.  
Quien tanto logró alcanzar,  
¿Podrá en un día borrar  
Tantas páginas de gloria?

¡Nunca!... No nacen traidores  
En este suelo divino  
De la paz y los amores,  
Donde se siembra de flores  
La senda del peregrino.

Yo cantaré en tu loor  
Desde una zona a otra zona,  
Porque debo a tu favor  
La más lisonjera flor  
De mi modesta corona.

Adiós, tierra idolatrada,  
Donde el pecho generoso  
Siente su dicha doblada:  
Guarda este adiós cariñoso  
De mi lira entusiasmada.

Mañana, lejos de aquí  
Gozoso recordaré  
Lo mucho que te debí,

Y, pensando siempre en ti,  
Tu nombre bendeciré.

Y con toda el alma mía  
Diré cómo aquí se hermana  
En envidiable armonía  
Con la española hidalguía  
La nobleza americana.

#### SABADO 19 DE MARZO

Siendo hoy el día de mi santo y el que trae a mi memoria los más dulces recuerdos de mi existencia, porque en él se celebraba la gran fiesta de mi familia por ser de mí mismo nombre mis dos abuelos, hubiera sido para mí uno de los días más tristes y amargos, si mis amigos Nevado Benjumea y el general Palanca no se hubieran propuesto hacérmelo pasar con su presencia lo más agradablemente posible.

Además de las muchas felicitaciones que he recibido, el general ha dado una comida en mi obsequio. Los brindis han sido en extremo afectuosos y todos ellos consagrados a los afectos más puros del hogar y de la familia. ¡Cuán grato es encontrar en el mundo almas nobles y generosas que participen de nuestras penas y nuestros placeres!

Concluida la comida, nos hemos dirigido al teatro, donde se celebró la función de beneficencia. He aquí en extracto los términos en que un periódico refiere cuanto con ella se relaciona:

"Teatro. No sin fundamento esperábamos que la función del sábado estuviese concurrida, tanto por trabajar en ella aficionados y actores, como por el benéfico objeto a que se destinaban sus productos".

"Púsose en escena La sociedad de los trece, pieza en un acto de D. Ventura de la Vega".

"Siguió, El que ama el peligro... pieza en un acto y en verso de D. José M. Gutiérrez de Alba, cuyo desempeño estaba confiado a los jóvenes aficionados, y salió con el lucimiento que es posible, en quienes teniendo el arte dramático por distracción y no por oficio, contaron con sólo seis días para su estudio y ensayos".

"Al final de la pieza, fueron llamados por el público y salieron en unión del Sr. Gutiérrez de Alba, en medio de una nutrida salva de aplausos, arrojándoseles algunos ramos de flores".

"Seguidamente leyeron las composiciones que insertamos a continuación, siendo todas muy aplaudidas, pero particularmente la de este último, a quien se volvió a llamar a la escena con verdadero entusiasmo. Nosotros creemos que el público estuvo justo con tal demostración, porque, como verán nuestros lectores, la composición del Sr. Gutiérrez de Alba es notable por todos conceptos; bella en la forma, pensamientos delicados y nobles, magnífica su versificación, al leerla su autor, con la entonación del poeta que la ha creado, hubiera sido necesario estar destituido de toda sensibilidad, para no conmoverse al oírla".

"La entrada fue muy buena, y por consiguiente el resultado para la Beneficencia bastante satisfactorio".

Poesías leídas en la función:

AL SR. D. JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

Águila real que las turgentes alas  
Tiendes del sol al fúlgido destello,  
Tú, que al cruzar por las etéreas salas



Bebes el sentimiento de lo bello;

Tú, que de la creación entre las galas  
Hallas de lo sublime el puro sello;  
Y remontando el vuelo a lo infinito  
Oyes del genio el resonante grito.

Águila del humano entendimiento,  
El poderoso vuelo acorta un tanto,  
Y como vuela a ti mi pensamiento  
Pueda hasta ti llegar mi débil canto:

Tú salvaste el húmedo elemento  
Y de la patria el misterioso manto  
Sobre dos mundos con afán tendiendo  
Llegas brindando amor, y amor pidiendo.

Sacerdote inmortal de excelsa idea,  
Alza al cielo tu frente generosa;  
Aura de vida que tu sien orea  
Mueve a tu paso la creación gloriosa.

Que al vivo lampo de la luz febea  
De la mente de Dios, brotó graciosa,  
¡Para ti, tiene, en sus altivos Andes,  
El laurel siempre eterno de los grandes!

Y Borínquen la ondina de Occidente,  
De Colón la esperanza realizada,  
La que marcha al Progreso dulcemente  
Como al mar la corriente sosegada,

Saluda en ti al Apóstol elocuente,  
Al mártir de una causa venerada,  
Al genio que en patriótico ardimiento  
De dos mundos enlaza el sentimiento.

Alejandrina Benítez y de Arce de Gautier.

AL DISTINGUIDO AUTOR DRAMÁTICO  
D. JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

Amor, amor, mi corazón vehemente  
No se cansa de amar, nunca se hastía  
Y tras el vuelo de la altiva mente  
Se embriaga con su amor y su poesía.

Yo necesito amar como las flores  
Necesitan al sol que les da aliento,  
Y la natura brisas y colores  
Y los astros eterno movimiento.

Yo necesito amar como la noche  
Las pálidas estrellas necesita,  
Como la flor al desatar su broche  
El halago del aura que la agita.

Amar a todo lo que grande o bello  
Despierta al corazón de su marasmo;  
Siempre del genio me arrancó el destello  
Un grito de placer y de entusiasmo.

¡Siempre! siempre juzgó mi sentimiento  
Fue más valiosa para el alma mía  
La corona inmortal que da el talento  
Que la frágil de inútil pedrería.

La una la puede conquistar el hombre  
Y al destino, o la suerte, arrebatarla,  
Y la otra sólo de su amor en nombre  
Puede Dios al poeta regalarla.

El con ella ciñó su noble frente,  
Ungió su lira con su sacro aliento,  
Y te dio ese lenguaje omnipotente  
Que sabe despertar el sentimiento.

Tú vienes a la tierra americana  
Con ofrendas de amor y de poesía,  
Tú la has llamado con amor hermana  
De la heroica nación del Mediodía.

Apóstol de esa idea generosa,  
Ave viajera de celeste Pindo,  
En nombre de la Antilla más hermosa  
¡Pues le brindas amor, amor te brindo!

José Gautier y Benítez

AL CARITATIVO VATE

D. JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA,

por el benéfico pensamiento que lleva a cabo esta noche

¡Salud, gran escritor! el pueblo hispano

Rindiendo culto a un hijo de Talía,

Sus vítores y plácemes te envía

De gozo henchido al estrechar tu mano.

¡Salud, exclama, al noble ciudadano

Que combatió la infanda tiranía

Cuando la escena en cárceles gemía

Bajo el yugo del déspota inhumano!

¡Salud al que sufrió por consecuencia

Siempre leal, del ostracismo el peso!

¡Salud, pues, escritor!... A tu presencia,

Borínquen grita en delirante acceso:

Paso a la caridad, plaza a la ciencia,

Campo a la ilustración, gloria al progreso!

Mariano Ramiro García.

DOMINGO 20 DE MARZO

Me he levantado temprano. El rumor de las olas se oía en toda la ciudad por ser muy fuerte la marejada, y he pasado la mañana entera contemplando la rompiente en la costa norte. No he visto espectáculo más imponente ni más bello. Enormes montañas de agua venían sucesivamente a estrellarse contra las rocas, donde, al chocar con estruendo horrísono, elevaban sus crestas hasta las nubes y caían convertidas en

blanca espuma. El suelo retemblaba a cada uno de estos choques, y aquella lucha titánica parecía, más bien que el combate de dos fuerzas inertes, un horrible duelo entre dos gigantes impulsados por el encono y el ansia común de destruirse.

Al volver a casa he recibido de mi amigo Sánchez de Fuentes un ejemplar de sus Arrullos, precioso librito que acaba de publicar, escrito en verso, dedicado a su esposa y consagrado a expresar los más puros sentimientos que el esposo y el padre hallan en las delicias del hogar doméstico.

#### LUNES 21 DE MARZO

Me han traído el importe de la función dispuesta por mí para la Beneficencia y ejecutada el 19. Los productos ascienden a 336 pesos, 50 centavos que he ido a poner a disposición del Capitán general a Río-Piedras, acompañándome D. Alejandro Laza, Director de la Beneficencia oficial y mi amigo Nevado Benjumea. El general nos ha obsequiado mucho. Le he participado mi proyecto de hacer una expedición a la sierra de Luquillo, y en seguida ha dado la orden para que la guardia civil de los puestos por donde transite se ponga a mi servicio, y para que el director de Administración me dé cartas oficiales para los alcaldes.

La noche la he pasado en casa de Da. Alejandrina, que ayer me ha enviado un estimable obsequio por medio de una de sus esclavas, que no lo es más que en el nombre.

El 22 me ha enviado D. José Robreño una relación de sus naufragios, que inserto a continuación, por ser en extremo interesante. Más de una vez le oí referir con lágrimas en los ojos las desgracias que en el mar había sufrido y de que fueron víctimas varias personas de su familia. La narración de estos hechos me había conmovido tan profundamente, que le rogué me escribiese una ligera reseña, para tener el gusto de conservarla; pero después de recibida la carta en que a grandes rasgos me describe la historia lamentable de sus viajes marítimos, no he podido resistir el deseo de

insertarla en mi diario, como una de las impresiones más dolorosas que he recibido, al leer en sus breves y sencillas líneas uno de los acontecimientos más conmovedores que pueden registrarse en los tristes anales del Océano, y que daría por sí solo materia para escribir un grueso volumen lleno e interés palpitante, sin salirse de los estrechos límites de la verdad, ni ir a buscar en las ficciones de la fábula los grandes resortes dramáticos, que aquí se encuentran aglomerados por la realidad de una manera tan sorprendente como lastimosa.

He aquí la carta:

"Mi estimado señor y amigo: si mis viajes marítimos hubieran continuado como empezaron, habría llegado a adquirir una triste celebridad por mis desgracias; pues el naufragio cuyos detalles quiere Ud. conocer, no es el único que he sufrido."

El primero de ellos fue ya un anuncio de la suerte que el mar me reservaba. Yendo de la Coruña al Ferrol, el barco en que íbamos estuvo a punto de estrellarse en la peña de la Marola; y al fin encalló en la costa, salvándose todos los pasajeros, y continuando por tierra nuestro viaje".

"Algunos años después, en las costas de Venezuela, hallándonos en el puerto de la Guaira, perdimos las anclas del buque, y arrastrado éste por las olas a la costa, nos salvamos providencialmente en las lanchas y canoas de los pescadores que acudieron en nuestro auxilio".

"Al año siguiente sufrí el primer naufragio, en el arrecife llamado Bajo Nuevo, de triste memoria; y aunque tres años después se perdió también el buque en que navegábamos, salvándonos los pasajeros en botes, y permaneciendo algunos días en Cayo Guincho, hasta que nos sacó otro buque que nos deparó nuestra buena suerte, este segundo naufragio no fue tan terrible como el anterior, reduciéndose todo a algunos sustos y trabajos, y a perder cuanto teníamos, sin tener que lamentar la muerte de ninguna persona".

"Por consiguiente, sólo hablaré a Ud. del primero, que es el que verdaderamente ofrece detalles del mayor interés, y desgracias que no puedo recordar sin estremecerme, a pesar de hacer ya más de treinta años que me ocurrieron".

"El 9 de Agosto de 1838 salí de Cartagena de Indias en la goleta Afortunada, con dirección a Jamaica. El buque era colombiano. El capitán, inglés, se llamaba Robinson (ya el nombre nos pareció de mal agüero)".

"Iban de pasaje mi padre, mi madre, dos hermanos, otros parientes, dos pasajeros franceses y algunos actores".

"La tripulación se componía del capitán, el sobrecargo, el contra maestre, 8 marineros de dotación y 4 que servían por el pasaje. Total de personas, 36; entre ellas 7 mujeres y 3 niñas".

"Nada de particular ofreció la navegación en los primeros días; y la noche del 13 estábamos muy alegres confiando llegar al día siguiente al puerto".

"A las 4 de la mañana varó la goleta, y por más esfuerzos que se hicieron, no fue posible ponerla a flote".

"Creyendo el capitán que estábamos en los cayos de Pedro, a 9 leguas de Jamaica, dispuso que el sobrecargo fuera en el bote, con el contra maestre y dos marineros, a reconocer los cayos y pedir auxilio a los pescadores".

"El bote no volvió, y al hacer el capitán nuevas y más exactas observaciones, vio que no estábamos en los cayos de Pedro, sino en el Bajo Nuevo, a 50 leguas de Jamaica; y que por consiguiente los del bote no encontrarían pescadores, y corrían el peligro de que el viento y las corrientes los arrastrasen a perecer ahogados o a morir de hambre".

"El Bajo Nuevo es un arrecife que al parecer tiene dos millas de largo, y unos 40 metros de ancho; se halla enteramente debajo del agua, y sólo cuando la marea está muy baja asoman algunas rocas".

"Las olas empujaron el buque hasta la mitad del banco, y allí quedó recostado sobre un fondo de cuatro pies próximamente."

"Cortáronse los palos para que no se abriese el buque, pues las olas que reventaban en su costado lo sacudían de una manera terrible; y hasta tuvimos la desgracia de que un golpe de mar se llevase la canoa, quitándonos con ella el último recurso".

"El capitán nos dijo que el barco duraría unos 8 días sin abrirse; y como teníamos provisiones para más tiempo, no nos cuidamos de economizarlas".

"Tratamos de formar una gran balsa para salir de allí, o intentarlo cuando menos; pero los marineros no querían ayudarnos, porque era su propósito construir una especial para ellos solos".

"Al fin los inclinamos a que nos ayudaran, y logramos hacer una balsa espaciosa y al parecer segura; pero al salir al mar vimos que navegaba muy difícilmente, y tuvimos que volver al buque tristes y desesperanzados".

"A los 14 días notamos que las provisiones, y sobre todo el agua, tocaban a su término, y que la goleta no se rompía".

"Resolvimos, pues (aunque demasiado tarde), poner el agua a una ración muy limitada; y como con el calor que hacía necesitábamos beber más que de ordinario, empezaron algunos a caer enfermos".



"Diez días pasamos así, y el buque permanecía en el mismo estado. La ración de agua no bastaba para aplacar nuestra sed abrasadora; pero ¡ay! que al día siguiente ni aun esa habría. ¡Con cuánto pesar repartimos la última ración de agua que nos quedaba".

"Cuatro marineros desesperados construyeron una balsa pequeña, y se lanzaron al mar, prefiriendo morir ahogados a acabar la vida en aquella desesperación angustiosa".

"Apenas habían dejado la goleta, cuando nos llamaron para advertirnos que se divisaba en el horizonte una vela".

"Frenética fue nuestra alegría al cerciorarnos de que no se engañaban. Aquella vela era la salvación al borde el sepulcro".

"En aquellos instantes se acababa de repartir la última ración de agua".

"Hacía 24 días que sufríamos horriblemente. Todos vivían aún. No podía el buque salvador llegar en momento más oportuno. En aquellos instantes solemnes confundíanse los gritos de alegría con el llanto y las oraciones. Todos nos abrazábamos y nos disponíamos al trasbordo... cuando notamos que el buque en vez de aproximarse... se alejaba... y fija en él nuestra ansiosa vista le vimos desaparecer en el horizonte."

"¡Reinó en el buque un silencio profundo! El dolor producido por tan horrible desengaño sólo puede compararse con nuestra anterior alegría".

"La noche se pasó con la esperanza de que al amanecer veríamos otra vez el buque... pero nada, nada! no quedaba a nuestro alrededor más que la soledad siniestra de las olas."

"Aquel día murió el primero. La sed y la pérdida de toda esperanza le mataron."

"En adelante no hubo día en que dejase de sucumbir alguno de aquellos desventurados."

"¡Desde el momento que nos faltó el agua, creyóse que nadie llegaría al día siguiente; y sin embargo, sin comer ni beber, pasábamos uno y otro día, hasta llegar a 17!"

"Cuarenta y un días pasamos en Bajo Nuevo: 14 con agua y comida, 10 a ración con una taza bien pequeña por la mañana y otra por la tarde, y 17 sin nada."

"Para aplacar la sed nos bañábamos al día varias veces; pero no podíamos beber el agua del mar, pues además de lo que nos repugnaba, nos hacía mucho daño."

"Cuando no comprendíamos aún la necesidad de conservar el agua, llovía con frecuencia; pero después, ni siquiera una gota. Parecía que hasta las nubes huían de nosotros. Sólo un día cayó un corto aguacero que nos permitió mitigar un poco el ardor que nos abrasaba; pero no pudimos recoger para guardar, porque ya no teníamos dónde."

"En los últimos diez y siete días murieron 18 personas."

"Ya sabe Ud. que yo fui uno de los más desgraciados, pues quedé huérfano de padre y madre."

"Así es que ni mis hermanos ni yo gozamos de la gran alegría que causó a los demás la vista del buque salvador, que apareció a las diez de la mañana del 24 de septiembre."

"La llegada de aquel buque no fue casual."

"El bote que salió a buscar socorro el primer día, fue arrebatado por la corriente, y no pudo volver a nuestra goleta. A los siete días encontraron un barco pescador de la isla

de Caimán Grande, a cuya tripulación refirieron la pérdida de nuestro buque. Inmediatamente salieron dos goletas en busca nuestra; pero como los del bote estaban tan extenuados, y el contramaestre había muerto de necesidad, no pudieron embarcarse y dijeron que estábamos en los cayos de Pedro. Allá fueron a buscarnos, mas inútilmente; y como no nos encontrasen, se volvieron a Caimán, de donde habían salido."

"Nuestros marineros les instaron para que recorriesen los mares inmediatos a los cayos de Pedro; pero los de las goletas se negaban a emprender otro viaje infructuoso."

"El capitán de la goleta "Cristiana" fue el único que se decidió a recorrer todos los bajos conocidos de aquellos contornos, y nos encontró al fin en el que menos esperaba."

"En todas estas vacilaciones se pasaron los 41 dolorosos días que dejo mencionados. Uno o dos después, no hubieran encontrado más que nuestros cadáveres, pues nuestras fuerzas completamente agotadas, nos era imposible resistir más tiempo."

"Tal es, en compendio, el naufragio de la Afortunada; cuyo amargo recuerdo me acompañará toda la vida."

"Si lo escribiera según mis sentimientos, ocuparía muchas páginas; por eso me he limitado a indicar los sucesos más notables sin comentarios ni lamentaciones."

"Una de las cosas raras de este naufragio, es que de las 7 señoras que iban a bordo, se salvaron 6 y entre ellas una de 67 años, al paso que el capitán y los marineros, hombres robustos y acostumbrados a las fatigas, no pudieron resistir la falta de agua y murieron todos."

"En el 2o. naufragio tomé precauciones para que, en caso preciso, duraran mucho tiempo las provisiones y sobre todo el agua. Pero no hubo necesidad de ponernos a ración."

"Siempre suyo afectísimo amigo y Seguro Servidor Que Besa Su Mano, José Robreño."

MARTES 22 Y MIERCOLES 23 DE MARZO

### LA SIERRA DE LUQUILLO

Desde mi llegada a Puerto Rico tenía un deseo vehemente de visitar dos de sus principales curiosidades: la sierra de Luquillo y las grandes cavernas de Aguas Buenas. Podía disponer aún de doce días, toda vez que el vapor inglés no salía de San Thomas para Santa Marta hasta el ocho o el nueve de Abril, y por consiguiente podía aprovechar la salida de El Águila, para el primero de estos dos puntos, el día cuatro, y estar a tiempo de tomar pasaje para el continente.

Manifesté, pues, mi formal propósito al general Sanz y a otros amigos, y don Carlos Rojas, director de administración, me proveyó de una carta-orden para que las autoridades de la isla me facilitasen cuantos auxilios pudiera necesitar, para llevar a cabo una excursión que todos consideraban muy penosa, y de que en vano trataron de disuadirme con el temor de las fiebres, que rara vez deja de contraer el que se interna en aquellos bosques.

Pocos preparativos necesitaba, porque mi amigo D. Bonifacio Benítez, hermano de la poetisa puertorriqueña, debía acompañarme hasta el pueblo de Luquillo, que está al pie de la misma sierra, y un primo de este señor nos tenía preparado hospedaje en su hacienda, próxima a dicho pueblo. Sin embargo, era indispensable una operación previa, que siempre he querido practicar por mí mismo y era la de cargar algunos cartuchos para mi escopeta, a fin de amenizar la expedición con la caza y llevar un recurso más, si nuestra excursión se prolongaba en las alturas deshabitadas.

Retiréme al hotel a las diez de la noche, y gracias a mi buen amigo Mr. Baall, que me ayudó en la operación, los cartuchos estuvieron dispuestos a las tres de la mañana, y a las cinco tenía ya terminados todos los preparativos. El carruaje estaba citado para las siete, de modo que me quedaban sólo dos horas de reposo. Poco era en verdad, y por la misma razón era preciso aprovecharlo. Me eché a dormir, y a las siete en punto me despertó mi criado. Una hora después, mis amigos Benítez, D. Mariano Ramiro, joven peninsular, que para restablecer su salud iba a pasar una temporada en el campo, y yo, tomamos el camino de Río-piedras, con la velocidad propia de los caballos del país, que son infatigables.

Al llegar a esta población, y mientras mudaban el tiro, pasé un momento a saludar al general Sanz, que se hallaba en su casa de recreo, y este señor, sabiendo que pensábamos continuar en carruaje hasta la Carolina, donde nos esperaban caballos de montar, me anunció gravísimas dificultades en esta pequeña travesía, que es próximamente de dos leguas, por el mal estado del camino, a causa de las recientes lluvias, aconsejándome que tomáramos desde luego caballos de silla, pero el dueño del carruaje tenía gran confianza en sus caballos, y efectivamente, con sólo una pequeña detención en una cuesta pedregosa, nos condujeron con felicidad hasta el punto convenido. En la Carolina encontramos ya caballos ensillados y otros de carga para conducir nuestro equipaje, y después de visitar su pequeña y bonita iglesia, recién abierta al culto católico y situada junto al camino entre un grupo de casitas de madera, continuamos nuestro viaje hacia Loyza, donde nos esperaba el almuerzo en casa del Alcalde, primo también del señor Benítez.

Habíanme destinado, por más fogoso, un potro sabino, de cuatro años, que, más que correr, volaba, deslizándose como una exhalación por los deliciosos valles que íbamos cruzando, y donde la vegetación tropical se ostenta con toda su vigorosa lozanía.

Grupos de gigantes palmeras se destacaban a un lado y otro del camino; bosques de cocoteros limitaban alguna vez el horizonte; el corpulento mango de tupido follaje y el

mamey de hojas semejantes a las del cautchut y de un brillo extraordinario, proyectaban alguna vez sobre nosotros su agradable sombra, convidándonos a tomar algún reposo.

Más allá los verdes cañaverales se agitaban al soplo de la brisa con ese agradable y monótono ruido, que forma como la base invariable de la misteriosa armonía de la naturaleza, principalmente en este suelo encantador en que no sólo las aves sino hasta los insectos contribuyen al himno eterno con que la creación animada saluda al misterioso Ser de quien recibe la existencia.

Como la mitad del camino llevaríamos andado, cuando llegamos a un ingenio, o hacienda, propia de D. Jorge Latimer, cónsul de la Unión americana, donde se practicaba la operación de la zafra o recolección de la caña de azúcar. Era la primera vez que aquel espectáculo se presentaba a mis ojos, y mis amigos, conociendo mi deseo de examinar, siquiera fuese rápidamente, aquellas interesantes operaciones, se detuvieron de buen grado; nos apeamos de los caballos y penetramos en el vasto edificio, donde el ruido de una máquina de vapor puesta en movimiento y los esclavos que discurrían por todas partes ocupados en sus faenas eran para mí objeto de curiosidad vivísima. No me detengo ahora a describir lo que allí se ofreció a mis ojos, porque espero hacer la descripción más detallada, cuando examine con más detención las mismas operaciones practicadas en la hacienda de D. Eugenio Benítez, que será nuestro punto de parada, antes de ascender a la sierra. No obstante, deseo consignar aquí, yo, que no puedo ser sospechoso de esclavista, una observación que hice de pasada y no quiero relegar al olvido. El señor Latimer pasa por ser uno de los propietarios de esclavos más humanitarios de la isla, y la suerte de estos infelices se hace mucho más llevadera, cuando son tratados con la consideración de seres humanos, como sucede en la casa a que me refiero. En efecto, los esclavos pertenecientes a ella tienen todas las ventajas que puede disfrutar un jornalero acomodado: buena habitación, comida abundante, limpieza en el vestido y sólo el trabajo que pueden desempeñar, sin fatigarse demasiado, teniendo en cuenta el sexo y la edad del individuo. El esclavo allí tiene mejores condiciones de existencia que la

clase proletaria de la mayor parte de los países agrícolas de Europa. La alegría, la satisfacción y la salud, estaban pintadas en el semblante de todos ellos; y es seguro que el día en que el señor Latimer los declarase libres, ni uno solo abandonaría a su antiguo amo, ni querría cambiar la vida ordenada y relativamente feliz que hoy disfruta, por la incertidumbre azarosa del trabajador libre, que ignora si un día podrá encontrarse sin medios para atender a la subsistencia de su familia.

Allí nos detuvimos como una media hora, examinando rápidamente las principales dependencias de la finca. El administrador, capataz o mayordomo nos obsequió con un vaso de guarapo, que es el jugo de la caña, según sale de los cilindros que la exprimen, y que se considera en el país como un excelente refresco. Después, volvimos a montar en nuestros caballos y continuamos siempre con rumbo al este hacia la falda de Luquillo, que con su corona de nubes se destacaba sobre el fondo azul de una atmósfera serena.

A poco de salir del ingenio, atravesamos en una balsa el río más caudaloso de la isla, llamado por esa razón Río-grande, cuyas aguas transparentes iban a perderse a pocas millas al norte entre las agitadas olas del Atlántico. Luego tuvimos que vadear otro riachuelo, con el agua a la cincha de los caballos, y a poco más de las dos de la tarde divisamos un bosque de palmeras, entre las cuales oculta sus ligeros bohíos y modestas casitas de madera el alegre pueblecito llamado Loyza, del nombre de un cacique célebre de la época del descubrimiento.

La situación de este pueblo no puede ser más bella ni más agradable. Oculto en un ángulo formado por la costa y la embocadura del mencionado río, que se desliza mansamente sobre un lecho de menuda arena, ocultas sus casas como otros tantos nidos entre un espeso bosque; templado su ambiente por las brisas del mar y la frescura de la sierra próxima, es el punto más a propósito para la morada de un hombre, que, exento de ambición y buscando la felicidad dentro de sí mismo, quisiera consagrarse a la contemplación de la Naturaleza.

Al entrar en el pueblo, llamó mi atención un grupo de tres jóvenes negras que alrededor de un gran mortero formado del tronco de un árbol, se ocupaban en limpiar un poco de arroz, que aquí se produce en abundancia y sirve como uno de los principales alimentos. Las jóvenes contestaban agradablemente a nuestras preguntas, cuando del próximo bohío salió por un ventanillo la cabeza de un nuevo Otelo, a quien sin duda mortificaba nuestra presencia entre sus hermanas o hijas, y nos preguntó de un modo brusco qué era lo que allí buscábamos. Nosotros le contestamos con la misma entonación y frases análogas a las que él había empleado en sus preguntas. La cabeza del negro desapareció entonces como la de una caja de sorpresa, y pasamos adelante.

Al extremo de la calle y junto a la iglesia antigua del pueblo, destruida en parte por el último terremoto, se alza una casita elegante y graciosa pintada en el exterior de blanco y verde y levantada, según el uso del país, sobre pilares de madera clavados en el suelo, sirviendo el espacio que queda debajo del piso, de cuadra o establo y cerrado sólo por una valla.

En esta casita, donde el aseo y buen gusto del interior rivalizaban con el exterior sencillo y agradable, nos esperaban a mesa puesta y encontramos la franca y cariñosa hospitalidad que aquí halla siempre el viajero, sea cualquiera la condición y clase a que pertenezca.

Nuestro huésped, D. Javier Zequeira, es el alcalde del pueblo; y aunque yo llevaba una carta oficial del director de administración para todas las autoridades de la isla, no fue necesario hacer uso de este documento, porque nos dirigíamos a su morada conducidos por D. Bonifacio Benítez, su pariente, que lo es también de muchas de las personas principales de la isla, por pertenecer a una de las familias más antiguas, más notables y más ramificadas en toda ella.

El señor Zequeira es un joven de unos treinta años de edad, de una instrucción bastante sólida, de una inteligencia muy despejada; y sus modales finos sin afectación



y modestos sin dejar de ser dignos, revelan en él una educación esmerada y el trato frecuente con personas de una sociedad escogida. De las mismas cualidades participan también su señora y una hermana de ésta, que hicieron los honores de su hogar con una delicadeza extremada y adelantándose siempre a nuestros deseos.

Después de una comida verdaderamente opípara, en la que no faltó ninguno de los requisitos, que sólo se llenan con facilidad en las grandes poblaciones, nos dispusimos a continuar nuestro viaje a la caída de la tarde, con el fin de llegar al anochecer a la hacienda o ingenio del señor Benítez, donde también se nos esperaba.

Dos horas de reposo bastaron para rehabilitar nuestras fuerzas; y cuando ya el sol iba a ocultarse en el horizonte, montamos a caballo, y emprendimos la ruta hacia el río Los Mameyes, cuyas márgenes sirven de límite a la posesión de nuestro futuro huésped.

A la media hora de marcha nos sorprendió la noche que en estas latitudes sucede al día con sólo algunos momentos de crepúsculo, y empezó una ligera llovizna. El señor Zequeira, que nos acompañaba y que nos había instado más de una vez para que detuviésemos nuestra marcha hasta la mañana siguiente, nos rogó que volviéramos a su hogar, ponderándonos lo incómodo del viaje nocturno y las bellezas de los lugares que teníamos que atravesar y que no pueden apreciarse sino a la luz del día. Sus argumentos eran de gran valor para nosotros; la elección no podía ofrecer la más mínima duda, así es que volvimos riendas, y caminando con celeridad, a los pocos minutos nos encontramos en Loyza con general satisfacción, de la que participaban ostensiblemente el señor Zequeira y su apreciable familia.

En dos días llevaba atrasado mi diario y me propuse hacer en él algunos apuntes; pero en vano. No había dormido la noche anterior más que dos horas escasas; el sueño era superior a mi deseo; mis párpados se cerraban contra mi voluntad; y cediendo a aquella fuerza invencible, me despedí de mis amigos y me retiré a descansar en un limpio y cómodo lecho que me brindaba el reposo con su blancura resplandeciente.

Dos cosas a cual más agradables habían fijado mi atención, durante nuestra corta velada, y ambas debían contribuir a hacerme más grata aquella morada inolvidable, la una, varias poesías que el dueño de la casa conservaba de su señor padre, y que me leyó con la veneración y respeto de un buen hijo; la otra, el ver a la hermana política del señor Zequeira dormir, en sus brazos, con el amor de una madre, a una negrita de dos años, hija de una antigua esclava de la familia, e identificada con ella de un modo que haría olvidar sus prevenciones contra la esclavitud al abolicionista más intransigente.

#### JUEVES 24 DE MARZO

Aunque con alguna pereza, nos levantamos a las seis de la mañana, y después de un ligero desayuno, mientras acababan de ensillar los caballos, divisé en la orilla del río un ave para mí desconocida; me dirigí allá con la escopeta preparada; el ave levantó el vuelo, pero antes de que se alejara demasiado, la alcanzó el plomo y cayó mortalmente herida en medio de la corriente. Un negro pescador que atravesaba en una balsa, se apoderó de ella y me la trajo a la orilla. Era una garza azul, la primera que había visto de su especie, y aunque más pequeña que la de Europa y de plumaje menos variado, la hubiese conservado con gusto, a haber tenido proporción de disecarla.

Tenía dos pies y medio de envergadura y otro tanto próximamente desde la punta del pico hasta el extremo de las plumas caudales. Su color azul oscuro bastante uniforme tenía cambiantes algo cobrizos en el cuello, y lo que más la embellecía era una lista de plumas largas y muy estrechas, que ostentaba desde la cabeza a la cola, y que podrían venir de bellissimo adorno en el sombrero de una señora o de un niño.

A las siete montamos a caballo y emprendimos nuestra marcha acompañados del señor Zequeira, que no permitió abandonarnos hasta llegar a Los Mameyes y dejarnos por decirlo así en poder de otro huésped no menos afable y cariñoso, su primo D. Eugenio Benítez.

En el espacio que media entre la casa del uno y la del otro, que será próximamente cinco leguas y media, pasamos por delante de multitud de bohíos, en los cuales había mucha gente de color ocupada en la elaboración de pan y almidón de yuca, tubérculo algo semejante en su forma a la batata, que se cultiva mucho en el país y que es uno de sus productos más importantes, después de la caña, el café y el tabaco.

El terreno cuanto más se avanza es más accidentado, porque se va acercando a la sierra; la vegetación era en un todo igual a la que habíamos visto en el día precedente; pasamos varios riachuelos y arroyos, que todos arrastran arenas auríferas, y siguiendo un camino que nada tendrían que envidiar los que los indios dejaron a los primitivos colonos, atravesamos el pequeño pueblo de Río-grande, y llegamos cerca del mediodía a la hacienda de D. Eugenio Benítez, que ya nos estaba aguardando.

Este caballero, que es joven también y muy activo y laborioso, a lo cual debe una envidiable fortuna, trabaja con fe por acrecentarla para sus hijos, y acaba de montar un ingenio de notables proporciones, sin la ayuda del trabajo esclavo, sino fiado sólo en los jornaleros del país, a los que paga un salario bastante crecido.

Mientras se acababa de disponer el almuerzo, bajo la dirección de su señora, modelo de las buenas madres de familia, tuvimos el gusto de acariciar a sus cuatro pequeños hijos, de los cuales el mayor tendrá unos siete años.

Después, nos condujo a ver las operaciones de su fábrica, que aún no está del todo concluida, y que ostenta en su parte superior una bandera española, como emblema de los patrióticos sentimientos del dueño de la finca. Esta se compone de varios cuerpos de edificio. En uno de ellos está la máquina de vapor que mueve los cilindros, donde es exprimida la caña; allí están las calderas o pailas, donde el jugo se cuece hasta el punto necesario, y las grandes artesas donde se deposita el jarabe para que se enfríe y cristalice. De allí se pasa a otro departamento, donde se hallan los bocoyes o barricas, en que vuelve a colocarse ya cristalizada. En aquellos receptáculos acaba de

purgar o quedarse limpia de la melaza que no llega a solidificarse, y que por eso se llama miel de purga, la que por medio de agujeros practicados en el fondo pasa a un depósito común, de donde se extrae por medio de una bomba mecánica que la conduce a un aparato destilador para extraerle el espíritu que con el nombre de ron o aguardiente de caña es objeto de un gran comercio.

En otro departamento se va depositando el bagazo o residuos leñosos de la caña exprimida, que después de seca sirve de alimento a los hornos de calefacción, alternando con la leña.

A poca distancia se levanta otro, dividido en muchas pequeñas piezas, que sirven de habitación a los operarios, y entre todos ellos descuella la casa del señor o dueño de la finca, con vistas a todos lados para poder vigilar las operaciones.

Concluida la inspección del ingenio, pasamos al comedor donde con envidiable apetito dimos buena cuenta de los muchos y excelentes manjares que se nos sirvieron, sin escasear las libaciones del Burdeos y Oporto, que hacían nuestra conversación más alegre y animada. Durante el día empezamos a formalizar nuestro proyecto de ascensión a la sierra, al cual contribuyó mucho el ilustrado alcalde de Luquillo, D. José Coca, que se puso bondadosamente a mis órdenes y tomó a su cargo el proporcionar guías experimentados y peones de carga para hacer menos difícil la realización de mi propósito. El señor Coca se retiró; y como se necesitaba un día para preparar lo necesario, determinamos emplear el viernes en hacer una ligera excursión en carruaje al pueblo de Fajardo, que dista tres leguas de la posesión del señor Benítez.

#### VIERNES 25 DE MARZO

Al amanecer, teníamos ya dispuesto un carruaje para marchar. Tomamos un ligero desayuno y partimos con la celeridad que aquí se recorren las distancias, cruzando a todo correr por caminos, que no tienen de tales más que el nombre, y expuestos a cada instante a un grave accidente. En menos de media hora llegamos al pueblo de Luquillo,

y después de visitar su pequeña iglesia de madera, donde se estaba celebrando la misa, pasamos a saludar a la familia del señor Coca, acompañados de éste, que había salido a nuestro encuentro. El modesto alcalde de Luquillo vive con su esposa, dos hermanas y cinco hermosos niños, de los cuales el mayor no llega a diez años, en esa honrosa y envidiable medianía que nuestro poeta canta, celebrando al sabio que huye del mundanal ruido. Sin embargo, en un país en que el gobierno prodiga pingües sueldos a sus empleados, los alcaldes de poblaciones pequeñas, que ejercen un cargo retribuido, tienen una mezquina asignación que apenas les basta para cubrir sus más perentorias necesidades. Hacía ya bastante calor y aceptamos un vaso de cerveza que nos ofreció el señor Coca con la mejor voluntad del mundo, despidiéndonos de él y de su familia hasta la tarde, que debíamos verificar por el mismo punto nuestro regreso.

Llegamos a Fajardo antes del mediodía, y otro primo del señor Benítez, D. Manuel Guzmán, rico propietario y alcalde del pueblo, pero que sirve el cargo sin sueldo alguno y solamente ad honorem, nos recibió en su elegante y cómoda casa, situada a un extremo de la población y construida de madera, pero con todo el confort y el buen gusto que se puede exigir y es de rigor en estos países.

Como tenían aviso de nuestra llegada, el señor Guzmán, su digna esposa, su hermana, dos de sus niños y el médico del pueblo nos esperaban con una espléndida y lujosa mesa, que en el momento fue servida. Almorzamos con el apetito de siempre, y mientras se enganchaba otro carruaje para bajar al puerto, que distará de la población una media legua, salimos a dar un paseo por las calles principales. Las huellas del último terremoto se notaban aún en algunas casas, y la iglesia había sido completamente demolida, para levantar en su lugar otra nueva. Yo aconsejé al alcalde que sustituyeran a la mampostería la madera y el hierro, y lo dejé muy inclinado a ponerlo en práctica. El culto católico había recibido hospitalidad en un modesto templo de Thalía, habilitado provisionalmente y a la ligera.

A la una de la tarde bajamos al puerto, donde vimos aún los estragos del huracán precursor del terremoto, que destruyó todos los edificios que existían en el muelle,

inclusa la aduana. El puerto de Fajardo es un puerto magnífico; tiene más de tres millas de circunferencia; su forma es la de una herradura, y en la parte de la izquierda, que está resguardada por altas colinas, pueden fondear buques de gran calado.

Dimos un paseo por la playa suave y arenosa, hasta la embocadura del Fajardo, río que pasa a corta distancia del pueblo de que lleva el nombre y lo surte de aguas potables. Desde allí divisamos a más o menos distancia los muchos y fértiles islotes, que por todas partes surgen del mar, como centinelas avanzados que velasen por la seguridad de un grande ejército. A las dos de la tarde, sofocados por el calor tropical, por no moverse un átomo de brisa, volvimos a casa del alcalde, donde nos refrescamos un poco, y una hora después nos despedimos con sentimiento de aquella amable familia, que se lamentaba de nuestra corta permanencia en aquel lugar, y regresamos a Luquillo, donde se nos incorporó el señor Coca, dispuesto a acompañarme en mi penosa ascensión a la sierra, empresa ardua y peligrosa, calificada por todos los conocedores del terreno como uno de los trabajos de Hércules.

Llegados a la hacienda de los Mameyes, donde ya nos esperaba uno de nuestros guías, pasamos la tarde en preparativos para la marcha, y nos retiramos a descansar, para levantarnos tan pronto como asomasen los primeros albores del día.

Sólo dos personas se hallaban dispuestas a acompañarme: el señor Coca, a quien ya he tenido el gusto de nombrar, y el señor Zequeira, alcalde de Loyza. D. Bonifacio Benítez es muy amante de su comodidad; su primo D. Eugenio no podía desatender las obligaciones de su hacienda, y mi pobre amigo Ramiro se hallaba bastante delicado; y para él el subir a la sierra, tras de ser casi imposible, hubiera sido un verdadero suicidio.

Cuando todos se acostaron, yo solo me quedé en vela, ordenando mis apuntes de los días precedentes, operación que no terminé hasta bien entrada la noche. Las doce serían próximamente cuando me quedé dormido, y a la una y cuarto me despertaron, dando fuertes y repetidos golpes a la puerta de mi habitación. Levantéme

sobresaltado, y pregunté quién llamaba y qué era lo que quería. Era un criado del señor Zequeira, del cual me traía una carta que debía entregarme en mano propia. Abrí la puerta, tomé la carta y leí su contenido con verdadero disgusto. El alcalde de Loyza se lamentaba de no poder acompañarme, por haber encontrado, al volver a su casa, gravemente indispuesta a su señora. Acuséle el recibo de su misiva, doliéndome de la causa que la había motivado, y me volví al lecho, de donde me arrancaron antes del amanecer, diciéndome que ya estaba todo dispuesto.

#### SABADO 26 DE MARZO

Tomamos nuestro café, que es aquí el desayuno indispensable. Debíamos subir a caballo hasta la casa del jefe de nuestros guías, que es un jíbaro que ha nacido en la sierra y vive en la falda de ella con su familia. Un hijo de éste, mocetón robusto de unos veinte años, llamado Jesús y un negro, criado del señor Coca tenían ya nuestros caballos de la brida con la silla puesta y otro cargado con las provisiones de boca y utensilios para el campamento.

Ya asomaban los primeros reflejos de la aurora, cuando nos despedimos de nuestros amigos, montamos a caballo, y comenzamos la, por mí tan deseada, excursión a la sierra de Luquillo, siguiendo las márgenes de un claro arroyuelo, que serpenteaba entre gigantescos árboles, elevadas palmeras y graciosos bosquecillos de plátanos, agrupados siempre alrededor de los bohíos.

Como una hora tardamos en llegar a la habitación del práctico que nos debía guiar en el confuso dédalo de aquel mar inmenso de verdura.

Juan Fuentes, que tal es el nombre de nuestro director de escena, es un jíbaro de 60 a 65 años, de rostro enjuto y musculatura vigorosa. Sus ojos un tanto apagados y la lentitud con que pronuncia un corto número de frases, que le son familiares y que acompañan siempre a la manifestación de todas sus ideas, la dan muy clara de su temperamento y de su educación sencilla y en cierto modo religiosa; pero de esas que

hacen consistir la religión en el abuso de algunas palabras, que son como el exordio y el epílogo de todos, hasta sus más breves discursos.

El bueno del señor Juan Fuentes es jefe de una numerosa familia compuesta de su esposa y siete hijos, varones en su mayor parte y que le ayudan ya en sus faenas campestres.

Cuando llegamos a su cabaña o bohío, situado como unos cinco kilómetros dentro de la sierra, ya nos estaba él esperando con otros tres de sus hijos. Su esposa y dos hijas, mujeres ya, y una de ellas con un niño en los brazos, se hallaban alrededor del hogar, en que ardían algunos pequeños troncos, ateridas de frío, sin embargo de que el termómetro marcaba 20° centígrados.

Desde allí vimos la salida del sol, cuyos rayos penetrando por entre los árboles del bosque e iluminando al través las gotas de lluvia o de rocío pendientes de sus hojas, daban reflejos de distintos colores, como si reverberasen sobre un campo sembrado de la más variada multitud de piedras preciosas.

Después de tomar un refrigerio para adquirir fuerzas, salimos del bohío, todavía a caballo; pero a distancia de unos dos kilómetros tuvimos que echar pie a tierra, quedándose un criado con las cabalgaduras, hasta nuestro regreso, y acompañándonos otros tres, cargados con los víveres, dos hamacas, algunas mantas y mis cajas de cartuchos, que aunque fueron inútiles por falta de caza, no eran las de menos peso.

Mi impertérrito amigo el señor Coca se proveyó de un bastón grueso y puntiagudo; yo me ceñí mi canana, me eché al hombro mi escopeta y con el capote impermeable a guisa de banderola y mi bastón de seguridad emprendimos la subida siguiendo el sendero que desde el día anterior iban abriendo dos hombres del país con hachas y machetes.



Los primeros pasos fueron dados por el fondo de una quebrada cuyas enormes piedras estaban cubiertas de una ligera capa de musgo, y donde nuestros pies resbalaban a cada instante, como si pisásemos sobre un cuerpo bruñido y untado de jabón o de sebo. Desde allí empezaba el bosque a agigantarse y a ser más compacta la maleza; y como en la sierra toda apenas pasa un día en el año sin que la lluvia caiga en abundancia, la humedad del suelo es tan grande, que no hay donde sentar el pie sin encontrar un charco, un barrizal o una raíz o piedra resbaladiza. La empinada e inacabable garganta por donde íbamos trepando, era como una inmensa escalera, cuyos peldaños tenían a veces más de dos metros de elevación, y entonces era necesario trepar agarrados a las ramas o a las raíces de los arbustos más próximos, que a veces se nos quedaban entre las manos con gran peligro de caer de espaldas al fondo de un abismo.

La palma brava con su elegante y movable penacho; el corpulento laurel rosa, cuyas enormes raíces se extienden a gran distancia del tronco, fuera del suelo y en forma de tablas colocadas en sentido vertical alrededor del árbol; el manzanillo de mortífera sombra; el yarumo o guarumo, cuyas anchas hojas, semejantes a las del castaño de Indias pero infinitamente mayores, tienen la superficie superior verde y lisa y la inferior blanca y algo vellosa, y poseen la cualidad singular de volverse lo de arriba abajo, tan pronto como el sol las calienta; otra multitud de árboles para mí desconocidos, el bejuco trepador que sube hasta las copas más elevadas y la inmensa cantidad de plantas parásitas de que todos los árboles están cubiertos, formaban sobre nuestras cabezas una bóveda impenetrable, donde el aire enrarecido y el vapor caliente que se levantaba del suelo, impregnado del olor cáustico que produce la fermentación de tantas plantas como allí se pudren para convertirse en humus, formaban a nuestro alrededor una atmósfera pesada y casi irrespirable, que hacía latir con fuerza nuestras sienas y fatigaba nuestros pulmones.

Nuestros guías y hombres de carga, más acostumbrados que nosotros a aquel aire mefítico, trepaban por todas partes como los cuadrumanos, y sus pies completamente desnudos eran insensibles al cortante filo de algunas rocas y hasta a las espinas de los

matorrales. Sin embargo, a veces también se fatigaban, y entonces nos sentábamos todos sobre el musgo empapado en agua, o sobre el tronco de algún árbol viejo y carcomido, que con sus despojos servía de alimento a millares de plantas de diferente forma y tamaño.

Como a la mitad de la primera cuesta nos sorprendió un fuerte chubasco; pero el cielo que no quería que nuestra paciencia se agotase, nos deparó un abrigo debajo de dos enormes piedras, desprendidas de la montaña y detenidas en la mitad de su descenso por otra roca saliente. Allí nos detuvimos como una hora, que no quise desperdiciar, y sacando papel y mi tintero de campaña, la empleé en hacer los primeros apuntes de esta excursión que no me atrevía a confiar enteramente a la memoria.

Mi amigo, el alcalde de Luquillo, iba todavía muy animoso, y ambos nos complacíamos de antemano en el triunfo que íbamos a obtener sobre los obstáculos amontonados allí por la naturaleza.

Cuando cesó la lluvia, gritamos a un tiempo "¡Adelante!" y nuestro viejo guía, invocando continuamente el nombre de Dios y de su madre y gritando "viva la Virgen" cada vez que salvaba un escollo, iba adelante con su machete, cortando ramas y serpenteando entre la maleza, como penetra en ella el robusto jabalí de las montañas de Europa, abriéndose paso con sus afilados colmillos.

A las tres horas de ascensión llegamos por fin a la cumbre del primer estribo donde por fortuna era el bosque menos espeso, y donde el aire y el sol penetraban. Hicimos un alto como de media hora, y, refrescada nuestra frente por la ligera brisa y fortalecidos nuestros pulmones por aquel aire más puro, cobramos nuevo vigor para continuar nuestra penosa marcha.

Desde allí tendimos la vista hacia la segunda montaña que íbamos a escalar, llamada la Sabaneta, que sirve de estribo a otras mucho más elevada, que lo es a su vez de una tercera denominada Buena vista, de la cual arranca la que domina a todas las demás

que forman la cadena y se distingue en el país con el nombre del Yunque, punto sobre el cual deseábamos fijar nuestra planta.

Antes de salir a la Sabaneta, teníamos que atravesar otra garganta profundísima. El descenso estaba erizado de escollos, pero no vacilamos, a pesar de que nuestro guía en medio de sus religiosas invocaciones perdió dos veces el camino, que los itinerarios iban abriendo, y tuvimos que retroceder a buscarlo.

Nada es comparable con la majestad agreste de aquellos lugares horribles. A cada paso hay un precipicio; el suelo se hallaba cubierto de una red formada por las raíces salientes de árboles seculares donde hizo mayores estragos el huracán de 1867 y se veía por todas partes multitud de troncos enormes con las ramas en el suelo y las raíces levantadas en alto; montones de árboles tronchados por la fuerza del viento y agrupados por el remolino, formando inmensas pirámides de leña muerta, sobre las cuales se posa alguna vez el Guaragua, especie de milano, para acechar su presa.

Yo, que muchas veces había admirado como obras de la prodigiosa fantasía de Gustavo Doré sus magníficas ilustraciones del Dante, no he comprendido hasta ahora el profundo estudio que el gran artista ha debido hacer de la Naturaleza.

Por fin atravesamos aquella infernal garganta, y a las dos de la tarde, con los pies molidos y empapados en agua, desgarradas las ropas y jadeando de fatiga, llegamos a la Sabaneta, donde se nos reunieron los dos exploradores que nos precedían, e hicimos alto.

Allí desaparecen completamente los árboles; la vegetación queda reducida a apretados arbustos de retorcido tronco y de uno a dos metros de elevación, se respira un aire purísimo y disfrutan los ojos de un panorama que es más fácil de ser admirado que descrito.

La necesidad de algún descanso y la de tomar algún alimento, pues eran ya cerca de las tres de la tarde, nos hicieron detenernos unos cuarenta minutos, que se emplearon en calentar algunas viandas y hacer un poco de café, que tuvimos que tomar a puya, como dicen en el país, por haberse olvidado poner azúcar en nuestras provisiones. Yo comí muy poco, porque me dolía perder en otra cosa el tiempo que podía emplear en dirigir el anteojo hacia el inmenso y bellissimo panorama que a nuestros pies se extendía.

En los primeros estribos de la sierra, donde el terreno se halla cultivado, distinguíase una multitud considerable de bohíos entre plantaciones de palmeras, cafetales y plátanos. Más allá, en las colinas menos elevadas y en los valles frondosos que se extienden hasta las arenosas playas, se veían los campos sembrados de caña de azúcar, como espaciosas sábanas de un verde claro tendidas alrededor de las haciendas, de cuyas altas chimeneas se elevaban gigantescos penachos de humo, que después de flotar en la dirección del viento se desvanecían en la atmósfera. Por todas partes el paisaje se veía animado por grupos de caballos y vacas paciendo en las praderas, por largas filas de carros de bueyes conduciendo la caña cortada hacia los ingenios, o volviendo de ellos para conducirla. Un poco más lejos, a nuestra derecha, veíase el pueblo de Fajardo, que casi se confundía con su puerto; más a la izquierda Luquillo, que parecía dormir recostado sobre la playa; y todo esto cruzado de plateadas cintas, que tales parecían los riachuelos y arroyos que por donde quiera serpenteaban. Luego los pequeños islotes que se alzan acá y allá cerca de la costa, rodeados de peligrosos arrecifes, donde las olas se sublevan bramando, y se convierten en montañas de blanca y resplandeciente espuma; y en último término las islas Culebra, Vieques y San Thomas, medio veladas por la niebla y confundiendo los picos de sus montañas entre las nubes.

¡Qué espectáculo! No lo olvidaré en toda mi vida y doy por bien empleadas las penalidades de mi fatigosa ascensión, que quedaban pródigamente compensadas con sólo un momento de contemplar desde aquella altura el conjunto de las maravillas agrupadas allí por la Naturaleza.

Fortalecidos ya con nuestro refrigerio, volvimos a emprender la marcha a las tres y media de la tarde, con ánimo de caminar hasta las cinco y establecer el campamento en el lugar más a propósito para pasar la noche, que prometía ser lluviosa, según las espesas nubes que se amontonaban sobre nuestras cabezas.

Teníamos delante otra profunda quebrada, a cuyo fondo era preciso descender, antes de subir a Buenavista, último cerro que nos separaba del Yunque, término anhelado de nuestro viaje.

No bien nos alejamos de la Sabaneta, el bosque volvió a adquirir su aspecto salvaje; la maleza se apretaba más y más; los troncos de árboles derribados eran más numerosos y nuestro tránsito se hacía cada vez más difícil. Uníase a esto el grave inconveniente de una yerba espesísima, que crece en aquellos lugares hasta la altura de dos o tres metros, semejante a la de los juncales de Europa; pero cuyas hojas estrechas y largas están provistas de menudos denticillos retráctiles en forma de sierra, que se adhieren a cualquier objeto con una fuerza tal que destrozan la ropa y arañan profundamente la piel, dejando un escozor que molesta mucho por espacio de algunas horas. Yo, a pesar de mis guantes y de haberme cubierto el cuello con un pañuelo, saqué varios arañazos y no pocos desgarrones en el vestido. La tal yerba es conocida en el país con el nombre de lambedora (lamedora), y se produce en él con lamentable abundancia. Ignoro cuál sea su nombre científico; pero me es tan poco agradable su recuerdo, que no trataré de averiguarlo.

Dos contratiempos vinieron de pronto a aumentar nuestra situación angustiosa: la lluvia, que empezó a caer a torrentes y el haber perdido nuestros guías el camino abierto por la mañana. Sin embargo, era preciso seguir adelante y buscar un sitio algo abrigado en que pasar la noche. Abrióse nuevo paso hacia el fondo de la quebrada, y ya cerca del oscurecer encontramos una gran piedra levantada en plano inclinado, bajo la cual podíamos guarecernos; pero la cavidad no era suficiente para contener ocho personas, y además, el suelo pantanoso nos ofrecía otro inconveniente bastante

grave; pero todo cedió ante la necesidad de instalarnos antes que llegase la noche, y cerramos los ojos, esperando que el cansancio nos acarrease el sueño. Pero como todo parece que se conjuraba contra nosotros, el humo nos fatigaba, incomodábanos los mosquitos y hasta una multitud de pequeñas ranas verdes, cuyo canto se asemeja al del grillo, invadió nuestra morada por todas partes saltando sobre nosotros, y con su algarabía infernal, no interrumpida un solo momento, nos atronaban los oídos, como si se propusieran que no disfrutáramos un instante de reposo. Sin embargo, era tal nuestra postración, que a pesar de las ranas, de los mosquitos, del humo y de la lluvia, nos tapamos la cara y nos dormimos profundamente.

#### DOMINGO 27 DE MARZO

Cuando despertamos, la primera luz de la aurora empezaba ya a iluminar la improvisada cabaña. Entonces nos levantamos todos, se avivó el fuego casi extinguido; tomamos café; nuestros guías continuaron abriendo paso en la maleza; el sol disipó algún tanto las nubes; cesó la lluvia; y mientras se disponía el almuerzo, saqué mi tintero y continué mis apuntes.

Serían las diez cuando los jíbaros regresaron al vivac con una noticia desconsoladora: era tal el estado del bosque en aquellas alturas que necesitaban por lo menos tres días para hacer algo practicable el camino hasta la cima del Yunque. En toda la mañana no habían podido abrirse paso más que hasta la cumbre del cerro de Buena-vista, distante a lo sumo dos kilómetros. Necesitábamos víveres para seis días y no los teníamos más que para tres; dos de los peones y el mismo señor Coca se sentían con fiebre; yo no podía subir solo, y nadie se atrevía a seguirme.

Unidos estos inconvenientes a mi necesidad de dejar pronto la isla, sin tiempo para emprender otra nueva excursión, determinamos subir siquiera hasta Buena-vista y volver desde allí sobre nuestros pasos. Almorzamos, pues, con alguna precipitación; dejamos en la tienda cuanto pudiera embarazar nuestra marcha, y al punto de medio día nos encontramos en la cumbre del cerro, a la vista del Yunque tan deseado y sin

poder llegar hasta él, no obstante que a la simple vista apreciábamos ya hasta sus menores detalles.

Allí nos detuvimos como un cuarto de hora, divisando aunque confusamente al través de las nubes, que pasaban a nuestros pies, una gran extensión de terreno; dimos un adiós doloroso a aquellas rocas solitarias, y una hora después salíamos de nuestra choza en dirección de la Sabaneta.

Yo no sé si el deseo de volver pronto a donde la comodidad nos aguardaba, o que el descenso es siempre más fácil que la subida, lo cierto es que a las cuatro de la tarde teníamos ya andadas las dos terceras partes de nuestro camino. Uno de nuestros guías casi no podía andar; el señor Coca se hallaba lastimosamente estropeado y enfermo, hasta el punto de tener que ayudarle en su marcha uno de los jíbaros más robustos; así es que cuando llegamos a la cueva, donde habíamos descansado el día anterior por la mañana, el pobre alcalde de Luquillo daba a todos los diablos la ascensión a la sierra, y juraba no volver a intentar semejante locura, a no interesarse en ello su vida propia, la de alguno de sus hijos o un gran servicio de la patria.

Hubo entonces un momento de vacilación y casi estábamos decididos a pasar la noche en la cueva, temerosos de que nos sorprendiese la oscuridad entre aquellos horribles derrumbaderos; pero una mentira inocente de que me valí, dio a todos ánimo para acabar de bajar la cuesta y llegar casi con la luz del día al sitio donde podíamos ya montar a caballo. Esta mentira fue atrasar mi reloj media hora, y ella nos libró de pasar otra noche a la intemperie.

Formada ya nuestra determinación irrevocable, abandonamos la cueva, y aunque con gran trabajo, llegamos al ocultarse el sol al término de nuestro viaje pedestre.

Uno de nuestros guías más ágiles se había separado de nosotros para ir a buscar las cabalgaduras; y esperando su regreso hicimos nuestra última comida y los jíbaros recibieron contentos el pago de su trabajo.

Los caballos tardaron poco en llegar; montamos en ellos; bajamos juntos hasta el bohío de nuestro anciano conductor, donde nos despedimos de él y de los suyos, y a las ocho de la noche llegamos contentos y alegres a la hacienda de nuestro amigo D. Eugenio Benítez, que no nos esperaba. Desde allí el intrépido alcalde, mi simpático y fiel compañero, aunque con algún trabajo, continuó sin detenerse hasta Luquillo, para descansar completamente en su tranquilo hogar, y al lado de su cuidadosa familia.

Cuando mis amigos Ramiro y D. Bonifacio, que habían pasado el día en el inmediato pueblo, regresaron a la hacienda, ya descansaba yo en el dulce regazo de Morfeo, sin humo, ni lluvia, ni mosquitos, ni ranas que viniesen a turbar mi reposo.

#### LUNES 28 DE MARZO

El día de hoy lo he destinado a descansar para reponer mis fuerzas y arreglar los apuntes de mi diario.

#### MARTES 29 DE MARZO

Dos grandes sorpresas me guardaban mis amigos para este día: una visita a la célebre Cueva del Indio, de la cual cuenta el vulgo historias maravillosas, y otra a un peñasco no menos célebre, designado en el país con el nombre de la Botijuela, por tener en su forma cierta analogía, aunque muy vaga, con la de este utensilio doméstico.

Habíanme asegurado con toda la buena fe del mundo, que en aquella cueva encontraría restos muy notables de antigüedades indias; que sus paredes conservaban aún grabadas ciertas figuras alegóricas, que nadie había podido descifrar; que alrededor de la gruta había asientos tallados en la roca, donde sin duda los habitantes primitivos debían celebrar sus misteriosas asambleas; y por último, que hasta hallaría restos de sepulcros de aquella época remota, que no podrían menos de darme alguna luz sobre una de las manifestaciones que más carácter suelen tener



entre los pueblos salvajes. Respecto a la Botijuela, decíanme también que su forma era indudablemente artificial; que se notaba en su exterior la huella indeleble del trabajo humano, y que en su parte superior se adaptaba una especie de tapón perfectamente ajustado, señal evidente de que la piedra contenía en su interior un receptáculo, donde acaso en la época de la conquista habrían ocultado los naturales sus más preciados tesoros.

En cuanto a la cueva, todos hablaban por oídas, porque su entrada es tan difícil y trabajosa, que ninguno de los que me contaban sus maravillas se había aventurado jamás a penetrar en ella, pero todos hablaban de alguno de sus ascendientes, que como testigo ocular les había hecho el relato. Por lo que hace a la Botijuela, la habían visto algunos de los presentes, pero casi siempre de lejos y sin darle gran importancia, a pesar de la tradición seductora y constante.

Como la excursión había de ser larga, preparamos un almuerzo campestre, que debíamos tomar cerca de la cueva; montamos a caballo a las siete de la mañana, y antes de las nueve estábamos ya al pie del monte, en cuya falda se halla el antro misterioso que de tal manera tenía mi curiosidad excitada. Un negro, llamado Ayala, habitante en aquellas cercanías debía guiarnos hasta la puerta; y en efecto allí nos estaba esperando; pero con ánimo decidido de no penetrar en las entrañas del monte.

A nuestro paso por las orillas de un riachuelo, observamos muchas y profundas excavaciones hechas por los buscadores de oro, que a veces se encuentra en abundancia, y que hoy, con mejor acierto, apenas se entretiene en buscar el campesino, seguro de encontrar minas más abundantes en el cultivo de su fértil suelo.

Ya en la boca de la cueva, sólo mi amigo Ramiro tuvo bastante abnegación para seguirme; y excitado el amor propio del negro, éste se aventuró también a penetrar "en compañía de los blancos", santiguándose antes con profundo recogimiento y recitando en voz baja una oración para nosotros ininteligible.

Hallábase la boca obstruida por una espesa cortina de bejucos y otras plantas, que hubo que separar a fuerza de machete; hecho lo cual, y preparada una antorcha, que necesitaríamos muy pronto, penetramos a rastras, como el lagarto en su guarida, no sin peligro de rompernos el cráneo contra la punta de alguna roca. Así avanzamos algunas varas, siempre descendiendo, hasta que la cavidad, ensanchándose de repente, nos permitió ponernos en pie y examinar lo que en su interior contenía.

¡Qué desencanto! Ni en el piso, ni en la bóveda, ni en las paredes había la menor huella de la mano del hombre; todo presentaba la misma deforme irregularidad con que aquellos enormes peñascos se habían colocado, sosteniéndose unos a otros, en los momentos del cataclismo que formó aquella concavidad en las entrañas de la tierra. El negro procuraba en vano descubrir un signo en cada grieta natural de la roca; las leves y casi imperceptibles cristalizaciones de su superficie, que reflejaban los rayos de la luz que nos alumbraba, eran para él indicios de una riqueza mineral de valor inmenso, y cualquier plano horizontal, de grande o pequeña extensión, respondía perfectamente a la idea misteriosa, por él y por el vulgo acariciada y preconcebida.

No merecía ciertamente la cueva del Indio el trabajo empleado en investigarla, pero al fin habíamos logrado desvanecer una de las muchas preocupaciones tan comunes en todos los pueblos, y esto ya era algo.

Salimos de allí sofocados por la atmósfera caliente y húmeda que nos había causado una gran molestia, y pronto el aire puro del campo volvió a dilatar nuestros pulmones. Al salir de la cueva, vimos enroscada una culebra enorme entre unas matas; al vernos, levantó la cabeza y empezó a desenrollarse, mas yo, que tenía mi escopeta a mano, le di muerte antes de que concluyera su operación. Medímosla después, y tenía de largo cerca de tres metros y más de veinticinco centímetros de circunferencia en su mayor diámetro. Al tiro salió de su bohío próximo una negra vieja, que empezó a llorar desconsolada, al ver muerta a su cazadora. Entonces supe que estos reptiles, a veces de gran tamaño, son enteramente inofensivos y prestan grandes servicios a los

habitantes del campo, destruyendo muchas sabandijas y animalejos perjudiciales. Di a la negra algunas monedas para sus chicuelos y se quedó más consolada.

Almorzamos en la misma cabaña; volvimos a montar a caballo, y nos encaminamos al sitio donde se halla la Botijuela. Allí nos esperaba otro desengaño, mayor si se quiere que el que habíamos experimentado en la Cueva del Indio. La piedra tan renombrada no es más que un gran peñón errático, de conglomerado arenisco, redondeado por el movimiento de rotación, que al conglomerarse incrustó un pedazo de roca de formaciones anteriores, el cual aparece en forma de tapón irregular sobre su parte más elevada.

Para llegar hasta donde se hallaba la tan decantada maravilla, un negro del país tuvo que abrirnos paso entre la maleza a fuerza de machete, trabajo que no merecía la pena de ser empleado, aunque el descubrimiento hubiera sido de alguna más importancia.

Desde allí nos volvimos a descansar a Luquillo, donde nos detuvimos hasta las diez de la noche, para observar desde la playa un fenómeno verdaderamente singular, y que no llama mucho la atención en el país por ser un espectáculo casi diario. Este fenómeno, que nadie ha sabido explicar hasta ahora satisfactoriamente, es la aparición súbita en la superficie de las aguas, y a la distancia aparente de menos de un kilómetro de la costa, de tres brillantes luces un poco rojizas y de notable intensidad, que a veces se aumentan hasta cinco, y otras quedan reducidas a una sola, desapareciendo en ocasiones por largos intervalos, y volviendo a aparecer de una manera hasta cierto punto caprichosa.

Muchos habitantes del pueblo, y entre ellos algunos marinos de profesión han tratado, no una vez sola, de investigar la causa y el lugar donde se producen aquellos misteriosos faros, y para ello se han embarcado en un bote con dirección a las luces, que, al llegar cerca de ellas, han desaparecido, volviendo a presentarse, cuando el investigador se hallaba a larga distancia.

En la noche a que me refiero sólo apareció una luz o hacho como en el país se les llama; lo estuve observando detenidamente, y no presentaba a mis ojos ni un carácter decididamente fosfórico, ni el de la luz eléctrica conocida con el nombre de fuegos de San Telmo, que suele aparecer alguna vez sobre los palos de un buque, cuando se halla en alta mar y en ciertas condiciones atmosféricas. Consigno el hecho como real y efectivo, sin tratar de explicar su causa, dejando a la ciencia el trabajo de investigar y definir la naturaleza de dicha luz, y por qué, desde tiempo inmemorial, se produce constantemente en el mismo sitio el indicado fenómeno, sin faltar más que en las noches de luna, si ésta no se halla nublada.

A las once de la noche volvimos a la hacienda Los Mameyes, con intención de regresar al día siguiente a la capital, donde me aguardaba la penosa tarea de hacer los preparativos para mi viaje al continente, y despedirme de los muchos y afectuosos amigos que tan deliciosa han hecho mi permanencia en esta bella y hospitalaria Isla.

#### MIERCOLES 30 DE MARZO

Empleé la mañana en consignar mis últimos apuntes. A las tres de la tarde ya nos habíamos despedido de nuestros amables huéspedes y nos disponíamos a montar a caballo para regresar a Loyza, cuando una negra y espesa columna de humo, que se levantaba en un cañaveral algo distante, nos anunció un terrible siniestro. El infatigable D. Eugenio Benítez reunió toda su gente a son de campana, y nos dirigimos al lugar del incendio, donde, tomadas las precauciones necesarias para evitar que se propagase, logramos circunscribirlo a un estrecho espacio, extinguiéndolo por último a las dos hora próximamente de haberse presentado, sin que por fortuna hubiese que lamentar pérdidas de consideración ni desgracia alguna personal, a pesar de que los negros se lanzaban en medio de las llamas con un valor verdaderamente temerario.

Como quedaba sólo una hora de día, y los caballos estaban muy fatigados, aplazamos nuestro regreso hasta la mañana del día siguiente.

#### JUEVES 31 DE MARZO

Al salir el sol, estábamos ya en camino, llegando al pueblo de Loyza antes de las nueve de la mañana. Allí descansamos hasta las tres de la tarde y continuamos luego por la orilla de la playa nuestra vuelta a la capital, deteniéndonos más de una vez a contemplar las magníficas vistas que sobre el océano se presentan desde algunos puntos. A las siete de la noche entrábamos en la ciudad, donde nuestros amigos nos esperaban ya impacientes.

#### VIERNES 1o. DE ABRIL

Como me quedaba poco tiempo de que disponer, he empezado a hacer hoy mis visitas de despedida y he escrito algunas cartas para Europa.

#### SABADO 2 DE ABRIL

He visitado a la poetisa Da. Carmen Hernández, que me ha regalado un ejemplar de sus obras.

#### DOMINGO 3 DE ABRIL

He concluido de despedirme, y he hecho mis preparativos de marcha, pues mañana debo embarcarme para San Thomas.

#### LUNES 4 DE ABRIL

Me he levantado a las cinco de la mañana. Mi buen amigo Nevado ha pasado conmigo la noche en el hotel. Han acudido a despedirme mis amigos Benítez (D. Bonifacio), Requera, González y otros.

A las siete en punto el Águila ha levantado anclas y hemos salido para San Tomás, costeano por el norte la isla de Puerto-Rico.